

BIBLIOTECA PARA NIÑOS

... Cristobal Smicha ...

LOS DOS HERMANOS



AMON SOPENA - EDITOR

PROVENZA 93-97 BARCELONA

BIBLIOTECA PARA NIÑOS

LOS DOS
HERMANOS

231.12.
CRISTÓBAL SCHMID



EDITORIAL RAMÓN SOPENA, S. A.

Provenza, 95. — BARCELONA

1934

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Published in Spain

Derechos reservados.

LOS DOS HERMANOS

I

Aunque José Tanner era simple jornalero, gozaba de la estimación de todas las personas que le conocían de cerca. No poseía otras riquezas que su hacha, una azuela y un prado; pero estaba dotado de mucho sentido y de un corazón de oro.

Trabajador infatigable, la honradez y probidad personificadas, mostrábase siempre amable y complaciente con todo el mundo y su conducta era irreprochable por todos los conceptos.

Su mujer no le cedía en verdadera piedad y en virtud, y ambos vivían muy felices y en la mayor unión a pesar de su pobreza.

Su familia se componía de dos niños, muy avispados e inteligentes.

Los honrados padres esmerábanse en dar a sus hijos una educación piadosa y cristiana.

En cuanto los dos pequeñuelos balbucearon las primeras palabras, el padre y la madre empezaron a hacer algunos ahorros con tiempo pa-

ra poder enviarlos a la escuela y que aprendiesen un oficio. Por esta razón, el padre se ponía a trabajar todos los días una hora antes que de costumbre y daba de mano una hora después.

Al romper el alba dirigíase con su sierra y su hacha al hombro al bosque, y bañado en sudor trabajaba sin descanso mientras la luz se lo permitía.

Como medida de economía, renunció a su pipa, y en lugar de beber cerveza se contentaba con agua o un jarro de leche.

Por otra parte, su mujer, que era muy económica y hacendosa, trabajaba a jornal en casa de las aldeanas acomodadas y se hubiera guardado muy bien de gastar un céntimo en vestidos para ella.

A pesar de que muchas mujeres y mozas de la aldea seguían las modas de la ciudad y vestían mucho mejor de lo que permitían sus medios, ella siguió siempre fiel al traje peculiar del país, a pesar de las burlas de que era objeto.

Hacia algunos años que los dos ni-

ños frecuentaban la escuela, cuando su padre enfermó y durante muchas semanas hallóse imposibilitado para ganar un céntimo.

Su esposa lamentábase sin cesar de que sus escasas provisiones iban a agotarse y de que sus modestos ahorros no tardarían en desaparecer.

La mayor pena del padre era verse en la imposibilidad de costear la escuela de sus hijos, y como su mujer le indicase que éstos no debían asistir a la misma, hasta tanto que su padre estuviese en disposición de ganar su jornal, exclamó el honrado leñador :

—No, preferiría vender mi traje de los días de fiesta. Ve a ver al maestro y ruégale que tenga paciencia hasta que yo esté restablecido y en disposición de trabajar.

La buena mujer fué llorando a hacer el encargo de su marido.

El bondadoso y caritativo maestro le dijo :

—No se desconsuele usted ; yo enseñaré a sus hijos sin retribución alguna, pues me proporcionan más placer que trabajo y constituyen el ornamento de mi escuela. Son tan aplicados y celosos, que sirven de estímulo a todos sus discípulos. Así, no hay que hablar de retribución. Pero le suplico que no diga usted nada a nadie, porque entonces muchos padres que no se hallan en la misma situación que usted, pretenderán que les trate igual. Salude a su marido de mi parte ; deseo vivamente que el Señor le devuelva pronto la salud.

Esta grata noticia volvió el contento al corazón del buen leñador. Su primer cuidado, cuando pudo salir de

su casa, fué visitar al maestro de escuela para darle las gracias por haber dado instrucción gratuita a sus hijos durante tanto tiempo, prometiéndole sin embargo pagarle puntualmente en adelante.

—No hablemos de eso—respondió el buen maestro— ; es usted un pobre que necesita para sí mismo el módico jornal que gana trabajando rudamente y le sería más difícil y penoso pagarme mi mensualidad que a mí pasar sin ella. Emplee usted ese dinero en procurarse la alimentación que necesita para recobrar las fuerzas y que Dios le acompañe. Por otra parte, son dignos de loa los sacrificios que a pesar de su pobreza está usted dispuesto a hacer por la educación de sus hijos. En cambio yo le aseguro que ellos sabrán recompensarle.

El buen padre pensaba constantemente en manifestar su agradecimiento al generoso maestro que prodigaba sin la menor retribución a dos pobres niños los mismos cuidados e instrucción que a los hijos de los ricos.

—¿ Qué podría yo hacer ?—se preguntaba—. La semana que viene es el santo del maestro. Casi todos los padres que pagan la mensualidad de la escuela suelen darle este día alguna prueba de agradecimiento ; ¡ con cuánta más razón debo yo hacerle un buen regalo ! Pero ¡ ay de mí ! con sólo mi pobre hacha no podré nunca procurarme con qué satisfacer deuda tan grande. Todo honor es poco para un maestro bueno y celoso ; porque sus virtudes no se pueden pagar ni aun con todo el oro del mundo.

II

Los dos hermanos tenían que dedicar sus horas fuera de clase a toda suerte de pequeñas ocupaciones proporcionadas a sus fuerzas.

En la primavera iban a coger violetas y otras flores propias de la estación, así como hierbas para ensalada y tiernos tallos de trébol; en verano fresas y frambuesas; en otoño ciruelas y otras frutas silvestres. Por último, en el invierno hilaban asiduamente, a ejemplo de su madre, que durante todo el año no dejaba la rueca de la mano, excepto los días en que tenía que ir a hacer las faenas de otras casas.

Cuando los sábados se dirigía al mercado de la ciudad con el lino que había hilado, llevaba también lo que sus laboriosos hijos habían recogido, ya en los campos, ya en el bosque, y todo ello le proporcionaba alguna ganancia.

A una legua de la aldea de Waldan, en donde residía la familia Tanner, había una fábrica de vidrio a la que el padre surtía de leña todo el año, y cuyo propietario, el señor Filinte, era muy rico.

Allí era adonde los niños llevaban preferentemente sus cestillos de fresas y frambuesas, porque ya el generoso señor Filinte, ya su noble esposa, se las pagaban muy bien.

Cierto día, Juan, el mayor de los dos hermanos, llevó a la fábrica un cestillo de fresas. En el momento en que la señora las echaba en un pla-

to de porcelana, entró su marido precipitadamente en la habitación, con una carta en la mano, abrió las puertas de cristales de un gran aparador donde estaban guardados los objetos más artísticos destinados a la venta, y tomando una magnífica copa de cristal exclamó encolerizado:

—¡Qué infamia!

—¡Qué te pasa, amigo mío? — le preguntó su esposa.

—Un inglés, el señor Arturo Benjamín Clarck, encargó esta copa con las iniciales de su nombre y ahora no la quiere. El lord, según me escribe el dueño de la fonda en que estaba, ha tenido que marchar de improviso, y ha recomendado que no se le envíe la copa a Londres. ¿Qué hago yo ahora con tan magnífica pieza? Quizá en diez años no se presentará un comprador que tenga las mismas iniciales.

—Son precisamente las tres primeras letras del alfabeto—dijo Juanito.

—¡Estúpido inglés! — continuó el señor Filinte—; ¡ganas me dan de hacer la copa añicos!

—Eso sería una lástima, señor — repuso Juan—; démela usted y en cambio yo me comprometo a suministrarle gratis fresas y frambuesas durante todo el verano.

—¡De veras, muchacho? — exclamó el señor Filinte—. ¿Qué harías con una copa tan preciosa en tu pobre cabaña?

—Por eso no la pido para mí sino para regalársela a nuestro señor maestro el día de su santo.

—Sin duda—repuso el señor Filinte—por el trabajo que le ha costado meteros en la cabeza a todos el ABC.

—No, señor — dijo Juan—, sino porque las iniciales de esa copa corresponden justamente a su nombre, pues se llama : Augusto Benito Cristián.

—¡ Muy bien! — exclamó la señora dando una palmada—; este muchacho ha tenido una idea feliz. Puedes darle la copa. Es un chico bueno e inteligente.

—Tienes razón—contestó su marido—. Confieso que no se me había ocurrido tal pensamiento. Pues bien, Juan, mi mujer y yo estimamos como se merece a tu excelente maestro, que en otro tiempo, con gran satisfacción nuestra, dió lecciones particulares a nuestros hijos, que, por desgracia, murieron prematuramente. Por todo el oro del mundo no consentiría en privar a ese digno señor del placer que quieres proporcionarle. Te doy la copa, pero a condición de que efectivamente se la has de regalar el día de su santo.

El señor Filinte tomó entonces un precioso estuche de tafilete verde con adornos dorados, colocó en él la copa y la entregó al niño. Este besó la mano a los dos esposos y corrió hacia su casa con el corazón henchido de gozo y el rico presente entre las manos.

Encontró a su madre sentada, como de costumbre, al lado de su rueca.

—¡ Mire usted, mamá—exclamó al llegar—, qué magnífica copa traigo de la fábrica de cristal! ¡ Qué buen regalo para el día del santo del maestro! ¡ verdad?

—¡ Dios mío! —le respondió su madre—. ¡ cómo se te ha ocurrido tomar un regalo de tanto precio? Es una copa que no podremos pagar en

toda nuestra vida. Eso debe valer un dineral, a juzgar por otras casi iguales que he visto vender. Devuélvela en seguida y pide perdón por tu ligereza al señor Filinte.

Juan explicó en qué condiciones le habían dado la copa y esto produjo a la madre un gran contento.

Al caer la tarde volvió el padre de su trabajo acompañado del otro hijo, llamado Santiago, que le había llevado la comida al bosque donde cortaba la leña.

Apenas los vió venir, corrió Juan a su encuentro, exclamando :

—¡ Vengan ustedes a ver la magnífica copa que me ha dado el señor Filinte y que regalaremos al señor maestro!

—¡ Qué contento se pondrá! —dijo Santiago.

—No tanto como yo — repuso el padre.

El leñador hizo referir a Juan por qué le había hecho el señor Filinte tan valioso regalo, y luego entró en casa.

Su esposa se apresuró a traer la luz para que pudiera admirar la magnífica copa.

—Es—dijo el padre, mirándola por todos lados—la copa de cristal más puro que he visto en mi vida. Dijérase que las tres letras son una sarta de diamantes, con tal arte están enlazadas. ¡ Y qué bonita es la guirnalda de hojas de encina que hay alrededor! El vaso es una verdadera obra maestra.

—¡ Miren—añadió Santiago—, cómo a la sola luz del velón refleja todos los colores del arco iris! ¡ Qué será cuando le den de lleno los rayos del sol!

—¡Es magnífico!—exclamó el padre—, y el señor maestro quedará tan sorprendido como contento. Hace mucho tiempo que venía devanándome los sesos para encontrar el medio de ofrecerle una pequeña prueba de nuestro agradecimiento. ¡Bendito

dos ranúnculos purpurinos, y la colocó sobre el plato; luego puso la artística copa en medio de la corona para presentarla en esta forma al maestro.

La dificultad consistía en saber cuál de los dos niños se encargaría



sea Dios que me ha sacado del apuro! Hay que confesar que nada se escapa a su solicitud. ¡Seguramente los dos niños más pobres de la escuela van a ser los que lleven al maestro el mejor regalo!

Cuando la madre fué al mercado de la ciudad compró muy barato un plato de loza fina.

Tenía ella, además, en un jardincito contiguo a la casa, muy bonitas flores, entre otras, magníficos ranúnculos rojos, que aquel año estaban más hermosos que nunca. En la mañana del día tan deseado de la fiesta, se puso a trenzar una corona de flores en que dominaban los lin-

de llevar el regalo, porque ambos lo deseaban.

—A mí me dieron la copa—dijo Juan—, y por lo tanto me corresponde tal honor.

—Entonces, ¿qué llevaré yo?—replicaba Santiago llorando a lágrima viva.

—Tú—dijo la madre—llevarás el lindo estuche dorado y verde.

El niño quedó satisfecho y ambos se dirigieron a casa del maestro. Al ver tan magnífico regalo el buen profesor no pudo menos de sentir al principio cierta penosa impresión.

—Amiguitos míos—dijo al recibirle—, me conmueve profundamente

esta señal de agradecimiento de vuestra parte ; pero por otro lado sufro al pensar en el gasto que esto representa para vuestros pobres padres.

—¡ No nos ha costado nada! — se apresuró a decir Juan ; y refirió luego la escena que ya conocemos.

Al terminar su relato, las facciones del buen maestro, contraídas un momento por la pena, revelaron un vivo placer. Examinó la copa mirándola por todos lados, halló las letras muy bien grabadas, y después, levantándola a la altura de sus ojos, exclamó :

—¡ Oh qué claro y puro es este cristal! Un espíritu claro y un corazón puro son los bienes más preciados de la tierra, porque la fragilidad de los otros iguala a la del cristal. Esta es una verdad que me recordará siempre vuestro precioso regalo. Aunque tienen pocas sílabas estas palabras, *claro, puro*, siempre me han servido de divisa. ¡ Ojalá que sea éste, mis queridos amiguitos, el noble fin de vuestros constantes esfuerzos y el de todos mis discípulos y discípulas y de mí mismo! Este es el caso de repetir los dos versos que sin duda no habréis olvidado :

¡ Dios todopoderoso, con tu divina mano
Haz claro y puro el corazón del ser humano !

III

La considerable fortuna del señor Filinte aumentaba cada día más, gracias a la actividad con que explotaba su fábrica de cristales, lo mis-

mo que las demás especulaciones industriales.

Así, pudo comprar el castillo de Waldan con la señoría aneja al mismo y desde entonces se hizo llamar el señor Filinte-Waldan, por ser la aldea que daba nombre al castillo, la más importante de sus propiedades.

El señor de Filinte, que unía a su clara y cultivada inteligencia una gran bondad de corazón, introdujo en su nuevo señorío o dominio notables mejoras, y entre otras puso especial atención en la escuela.

Un día de invierno, que hacía un tiempo horroroso, entró de improviso en la escuela en el momento preciso en que salía el señor cura, que la visitaba diariamente, y en que los niños entonaban un cántico alusivo a la estación.

Al entrar el noble visitante todos los niños se levantaron respetuosamente.

El señor Filinte saludó primero al señor cura, después al maestro y por último cariñosamente a los niños de la escuela, manifestando su satisfacción respecto al cántico, cuya repetición pidió. Luego fué pasando de banco en banco y de asiento en asiento preguntando a cada alumno cómo se llamaba y cómo estaban de salud sus padres, a quienes conocía casi en su mayor parte. Cuando llegó a los hermanos Tanner les dijo sonriendo :

—¡ Conque estáis también aquí, mis pequeños proveedores de fresas y frambuesas ?

Y añadió, dirigiéndose a los demás niños :

—Hijos míos, ya que estoy aquí, me gustaría saber lo que habéis aprendido. ¡ Tendría usted la amabi-

lidad, señor cura, de hacerles algunas preguntas sobre la religión?

El párroco accedió de muy buen grado y preguntó, uno por uno, a todos los escolares, los cuales respondieron satisfactoriamente.

Pasóse después a la lectura, y los niños leyeron no sólo correctamente sino también con claridad y expresión, es decir, no con ese tonillo cantante que suelen tener los chicos de la escuela, sino con toda la vivacidad y naturalidad que ponemos en nuestras palabras cuando queremos expresar la sorpresa, la alegría, la indignación, etc.

Sin dejar de escuchar la lectura de los niños, el señor de Filinte examinaba al mismo tiempo los cuadernos de escritura que se hallaban sobre la mesa.

—Estoy muy satisfecho de vuestra letra—dijo—. Lo que ahora deseo saber es cómo andamos de ortografía. Voy, pues, a dictaros una máxima que aprendí en mi niñez y que aun conservo en la memoria.

Mandó salir de sus bancos a cuatro chicos y les dijo :

—Escribid en el encerado, pero cada uno nada más que tres o cuatro palabras de lo que dictaré.

En seguida articuló con claridad y lentitud cada sílaba y los niños escribieron :

«La inocencia y el placer son los dos únicos bienes que los lazos celestiales encadenan para siempre.»

Los niños no cometieron ni una sola falta al copiar esta máxima.

—Ahora les toca a las niñas—prosiguió el señor de Filinte—. Comien-

za tú, Enriqueta—dijo señalando a la más pequeña de todas, pero no a la más torpe—; las demás continuarán.

Y les dictó unos versos que las niñas escribieron igualmente con mano ágil y segura sin cometer más que una falta insignificante.

—Bueno, pues ahora me toca a mí—dijo entonces el señor Filinte—. Veamos si sé tanto como vosotros. Tú, Juan Tanner, díctame unos versos, pues sin duda sabrás muchos de memoria.

Juan se dió por muy honrado con dictar al señor Filinte, que adrede escribió más disparates que palabras.

Los niños, que comprendieron pronto el juego, se echaron a reír. Cada nueva falta producía nueva hilaridad.

—Perfectamente—observó el señor Filinte—, puesto que sabéis más que yo, id notando las faltas que he cometido, pero de modo que ninguno corrija más que una. Tomad el yeso.

Los niños fueron marcando con gran precisión las faltas, diciendo al mismo tiempo la regla de que dependía.

—Ahora—dijo el señor Filinte—desearía saber qué tal andamos de aritmética.

Y propuso a los niños algunos problemas, para que los resolvieran de palabra, lo cual hicieron con tal prontitud y seguridad que le dejaron admirado. Luego les presentó unas cuentas que debían desarrollar sobre el encerado, y los niños salieron del paso con una facilidad que llenó de satisfacción al señor Filinte.

—Aun nos queda una cosita—dijo el examinador—. Veo colgado en esa

pared un mapa, pero no puedo distinguir qué país representa.

—¡Es Alemania!—exclamaron los niños.

—Trabajo me cuesta creerlo—replicó el señor Filinte—. ¿Cómo ha de ser eso Alemania si no se ven en ninguna parte ni montañas, ni valles, ni árboles, ni casas, ni campanarios?

—Es que eso no es un cuadro o imagen—repuso Juan—. Si se pudiese representar así en pequeño Alemania con sus bosques y prados, sus ciudades y aldeas, resultaría indudablemente un cuadro más bello que esa hoja de papel, que es simplemente un mapa.

—Comprendo—dijo el señor Filinte—; pero, ¿qué es, propiamente hablando, un mapa y qué representa? ¿Lo sabéis?

—Ciertamente—contestó entonces el señor cura—; es más, pueden trazar el croquis de un mapa pequeño.

El maestro de escuela hizo entonces una señal en el encerado y dijo:

—Supongamos que sea éste el castillo de Waldan; ¿dónde estará situada la aldea de igual nombre?

Uno de los niños designó un punto que indicaba el sitio pedido.

—La distancia del castillo a la aldea es de un cuarto de legua—continuó diciendo el maestro—. ¿En qué dirección y a qué distancia podremos colocar la fábrica de cristales?

—Aquí a la derecha—dijo Santiago marcando el punto a una distancia cuatro veces mayor de la del castillo a la misma aldea.

El profesor hizo en seguida marcar por medio de puntos las dos aldeas vecinas, el molino, la granja y

las viviendas esparcidas aquí y allí en el señorío.

—Hemos olvidado una cosa—dijo el párroco—, y es la casa del guardabosque; por lo tanto, la señalaré aquí a la derecha.

—No, no—gritaron en coro todos los niños—. Está situada en dirección opuesta a la fábrica, pero un cuarto de legua más cerca de la aldea; por lo tanto, hay que marcar el punto a la izquierda.

—Tú, Juan—dijo el señor Filinte—, que has estado varias veces en la ciudad, indica dónde debe colocarse.

—No se puede—respondió el niño—, porque como la ciudad está a tres leguas de aquí, no hay suficiente espacio en el encerado para precisar su posición.

—¿No podrías al menos—replicó el señor Filinte— indicar el camino que conduce a ella?

Juan trazó dos pequeñas líneas rectas y paralelas, que representaban la parte del camino o carretera comprendida en el dominio.

—¿Y tú, Santiago—dijo a su vez el párroco—, podrías trazar el riachuelo que pasa por delante de nuestra aldea?

El niño trazó de un extremo a otro del encerado una línea sinuosa, que, tocando en la fábrica de cristales, pasaba entre la aldea y el castillo e iba igualmente a tocar en el molino. Dos pequeñas líneas transversales indicaban los puentes echados sobre el riachuelo, y otras líneas más finas los vados del mismo.

—Todo eso está sin duda muy bien—dijo el señor Filinte—; pero si

alguien entrase no comprendería nada de todo lo que acabáis de hacer, pues no es fácil adivinar lo que significan esos puntos.

Al oír esto los niños, rodearon los puntos de pequeños círculos, dándoles así relieve, y escribieron al lado

basta con formar una escala para conseguir eso.

Y trazando en la parte inferior del encerado una línea recta, añadió :

—Esta línea representa una distancia de dos leguas.

Después, por medio de rayitas per-



El niño trazó de un extremo a otro del encerado una línea sinuosa... (Pág. 12.)

de cada uno el nombre de la localidad que representaba.

—Muy bien—exclamó el señor Filinte—; es fácil ver ahora el nombre de cada localidad, así como su distancia más o menos aproximada del castillo de Waldan. Pero lo que no está claro es la evaluación de las diferentes distancias. Por ejemplo, si de aquí a la fábrica hay una legua o legua y media, ¿no sabrías tú, Juan, un medio de precisar estas distancias?

—¡ Oh ! sí — respondió el niño—;

pendiculares a dicha línea, la dividió en distancias de leguas y medias leguas y añadió :

—Ahora es muy fácil determinar la distancia de un punto a otro.

El señor Filinte vió con gran placer que aquellos escolares eran capaces de formar con gran precisión el mapa del dominio señorial.

El maestro de escuela quiso en seguida hacer la aplicación de aquel mapa enteramente local al general de Alemania que descolgó y colocó sobre el encerado.

Con sólo mirar el mapa los niños pudieron decir cuáles eran los reinos, ducados y principados de que se compone Alemania, indicando las capitales y fronteras respectivas; nombraron los principales ríos con las ciudades por donde pasaban; designaron cuál de los cuatro puntos cardinales hubieran tenido que atravesar para ir desde Waldan a Munich, a Stuttgart, a Carlsruhe, a Viena, Dresde, Berlín, etc., y finalmente, con ayuda de la escala y el compás, indicaron las distancias respectivas a que se hallaban estas diferentes ciudades. El maestro les había enseñado lo que los mapas no pueden indicar, como el número de los habitantes, las curiosidades históricas y artísticas, los productos agrícolas e industriales de tal o cual ciudad poco considerable, el desarrollo del arte en tal o cual país, etc., y respondieron satisfactoriamente a cuantas preguntas se les hicieron sobre el particular.

El señor Filinte quiso saber luego si los niños tenían algunas nociones de física y de historia natural.

—Tantas como lo permiten la falta de aparatos y de obras que tengan relación con estas ciencias—respondió el cura—. En esta parte me veo obligado a seguir un método propio sacado de la Sagrada Escritura, de la que cada niño posee un ejemplar.

—Muy bien—contestó el señor Filinte—; me gustaría conocer la marcha que ha seguido usted en esta materia.

—En la Biblia—repuso el párroco—se encuentra la mejor interpretación de la Naturaleza, y las palabras del Creador arrojan la más hermosa luz sobre las obras de la creación.

Desde su principio la historia del origen del mundo nos pinta el cielo y la tierra con los más vivos y espléndidos colores y nos da una vasta y justa noción de la luz, del aire, del agua, de la tierra, del sol, de la luna, de las estrellas, de las hierbas, de las plantas, de los árboles, de los cuadrúpedos, de las aves, de los peces y de los demás animales. ¡Con qué magnificencia nos muestra la historia de la creación las relaciones existentes entre el hombre, su Criador y todas las demás criaturas! El hombre ha sido hecho a imagen y semejanza de Dios, y la tierra, con todo lo que contiene, le está sometida. Las frutas fueron destinadas para servir de alimento al hombre, y a los animales les fué presentado como su rey. Más adelante la Sagrada Escritura nos muestra a los descendientes de Adán cultivando la tierra, domesticando a los animales y cazando en los bosques, forjando el hierro y los demás metales y ejerciendo el imperio en el globo terráqueo. ¡Qué fondo rico en lecciones para un maestro que sepa aprovecharlo con habilidad! La Sagrada Escritura está llena de rasgos y frases adecuados para enseñarnos desde qué puntos de vista debemos considerar cada obra de la creación, como el hombre, una planta, un animal, etc. ¡Qué sentido tan profundo encierra esta sentencia!: «El que ha formado el ojo, ¿no verá acaso? El que ha colocado el oído, ¿no oirá por ventura?» ¡Cuánta gracia en estas palabras del Salvador! «¡Mirad las aves del cielo! ¡Mirad los lirios del campo!» ¡Cuán bella es la interpretación que Él mismo da! ¡Hasta la hormiga nos es presentada como ca-

paz de darnos lecciones de previsión !
 ¡ Cuán bellas son también las comparaciones que el Hombre-Dios sabe sacar de todo lo que la naturaleza contiene de más grande o de más pequeño, como, por ejemplo, de un grano de trigo !

Dicho esto, el digno sacerdote empezó a dirigir a los niños algunas preguntas sobre lo que nos enseña la vista de un simple grano de trigo y cómo nos revela la sabiduría, la omnipotencia y la bondad de Dios.

Y luego, de pregunta en pregunta, fué llevando el párroco diestramente a su pequeño auditorio a reconocer que como la caña y la espiga proceden del grano, en éste deben estar contenidas acuéllas de la manera más admirable y maravillosa ; que un solo grano puede producir infinitos, que esta virtud productora que obra incesantemente es una prueba constante de la omnipotencia de Dios ; que estas maravillas de la Naturaleza nos prueban a la vez que la sabiduría y la omnipotencia del Criador, su infinita bondad, pues estos granos de trigo, a pesar de su pequeñez y su escasa apariencia sirven de alimento a millones y millones de hombres.

El párroco preguntó después a los niños acerca de las bellas comparaciones que el Salvador de los hombres había sacado de las diversas semillas y cómo nos enseñan lo que tenemos que hacer para que la palabra de Dios arraigue en nuestros corazones y fructifique y nos lleve a la vida eterna, y terminó diciendo que el grano de trigo es, desde otro punto de vista, el emblema de la muerte y

de la vida, de la tumba y de la resurrección.

—Señor cura—dijo el rico propietario—, su método es sin ningún género de duda muy superior a la seca nomenclatura de las plantas y de los animales con que tienen que contentarse la mayor parte de las escuelas rurales, y a la que no puede darse el nombre de historia natural. Esta circunstancia—continuó—me recuerda una respuesta que cierto día dió un niño en un examen y que me agradó muchísimo. Después de una infinidad de preguntas acerca de los tres reinos de la naturaleza, el mineral, el vegetal y el animal, le preguntaron : «¿En qué reino se debe colocar al hombre?» «En el del cielo», contestó el niño sin titubear. En efecto, ése es el fin a que deberían tender todas las ramas de la enseñanza.

El señor Filinte hizo luego los mayores elogios del digno profesor, manifestó a los niños la satisfacción más completa y les exhortó a que continuaran siendo aplicados.

—Yo sé—añadió—que el señor cura, para estimular aún más vuestro celo, os hace de vez en cuando regalitos, y que en más de una ocasión ha hecho traer de su hermoso huerto grandes cestos de peras, manzanas o ciruelas para repartíros las. En este momento no tengo aquí nada que poder daros ; mas para el primer examen haré distribuir muy buenos libros de premio entre los que más se hayan distinguido por su aplicación y buena conducta.

Habiendo notado el señor Filinte que entre los niños había algunos cuyo exterior, aunque limpio, demos-

traba la mayor pobreza, añadió que daría también trajes nuevos a los niños necesitados que fueran buenos y aplicados; y que además ayudaría con su dinero a que aprendiesen un oficio los niños pobres que lo desearan y a constituir a las niñas una pequeña dote para lo porvenir.

Los escolares volvieron contentísimos a sus casas y se apresuraron a referir a sus padres la visita que el señor había hecho a la escuela y que después de haberles elogiado por su aplicación les había hecho las más halagüeñas promesas.

A partir de aquel día la escuela se vió más frecuentada y fué mayor el celo de los alumnos, de suerte que los progresos eran más rápidos que antes.

Los dos hermanos Tanner contaron también en su casa lo que el señor había dicho en la escuela.

—Será—dijo la madre—una gran fortuna para nosotros si por vuestra aplicación llegáis a ser del número de los que reciban vestidos nuevos y les enseñen un oficio.

Hasta entonces la buena y económica mujer habíase preocupado porque sus hijos pasasen las largas veladas de invierno hilando casi exclusivamente, en vez de leer, escribir, hacer cuentas y estudiar sus lecciones; pero a partir de aquel día cambió por completo de manera de ver y dijo a sus hijos:

—Lo que ganaríais hilando no vale la pena en comparación del premio que os han prometido, si tenéis la suerte de conseguirlo.

—Y aun cuando no lo obtuviesen—repuso el padre—, los conocimientos

que adquieran les serán más útiles que la miseria que pudieran ganar pasando el invierno hilando.

IV

El señor Filinte acompañó al cura a la casa parroquial y le manifestó su satisfacción por el buen estado de la escuela.

—Mi querido señor cura —añadió—, es preciso revestir el próximo examen de alguna solemnidad. Desearía que todos los padres asistiesen a él; pero el local de la escuela es demasiado pequeño; supongo que no tendrá usted inconveniente en que el examen se verifique en la iglesia.

—Accedo gustosísimo —repuso el párroco—, pues entre la iglesia y la escuela existen relaciones estrechas y aun íntimas. Para que la instrucción que se da en la escuela tenga algún valor, es preciso que, en cuanto sea posible, esté basada en la religión. Por lo que se refiere a su idea de revestir de algún aparato los exámenes, nada hay más justo que exponer públicamente a los ojos de los padres lo que sus hijos aprenden y la manera cómo son enseñados. Sin embargo, soy de parecer que el examen sea público únicamente para las clases superiores; las inferiores deberían ser, como hasta ahora, examinadas en la escuela a presencia de las autoridades locales. De lo contrario, el examen resultaría demasiado largo y fastidiaría a los oyentes. Por otra parte, dentro de un año tocará

su turno a la clase de medianos y dentro de dos a los párvulos; de manera que todos nuestros escolares pasarán por un examen público.

El señor Filinte encontró muy justa esta observación y se apresuró a dar su conformidad.

Se fijó la fecha del examen para el 1° de mayo siguiente. El señor Filinte invitó a cierto número de personas de distinción, así como también a las autoridades de los pueblos de los alrededores. El párroco, por su parte, hizo lo mismo con los otros curas de la cercanía y el maestro con sus colegas de la comarca.

La víspera, que era un domingo, el señor cura anunció desde el púlpito la hora del próximo examen, y exhortó con el mayor encarecimiento a todos sus feligreses a que asistieran al mismo.

Para dar mayor realce a la fiesta, la iglesia fué artísticamente adornada.

El señor Filinte había encargado un cuadro de gran tamaño que representaba al Divino Maestro rodeado de las madres que venían a presentarle sus hijos. Esta pintura estaba destinada como regalo a la escuela, y a recrear y edificar, por vez primera, con ocasión del examen, los ojos de los jóvenes alumnos y de sus padres.

Con gran pesar del señor Filinte el marco dorado no pudo estar terminado para el día de la fiesta; pero su señora suplió la falta con guirnaldas de flores y follaje; adornos más apropiados al caso que el propio marco dorado. El cuadro fué expuesto en el altar mayor, y a ambos lados del mismo se colocaron grandes macetas de

flores procedentes de la fábrica de cristales.

A derecha e izquierda del altar los muros estaban, como en las grandes solemnidades, colgados con tapices de damasco, que el señor Filinte había regalado a la iglesia cuando tomó posesión del dominio señorial. A estos tapices se sujetaron cartelones con hermosas máximas sacadas de la Sagrada Escritura; y aquella multitud de hojas blancas simétricamente colocadas destacando sobre el fondo rojo hacían muy buen efecto. Había además una fila de sillas traídas del castillo y de la casa parroquial para los invitados de nota, y delante se veía una gran mesa cubierta con un amplio tapete de color.

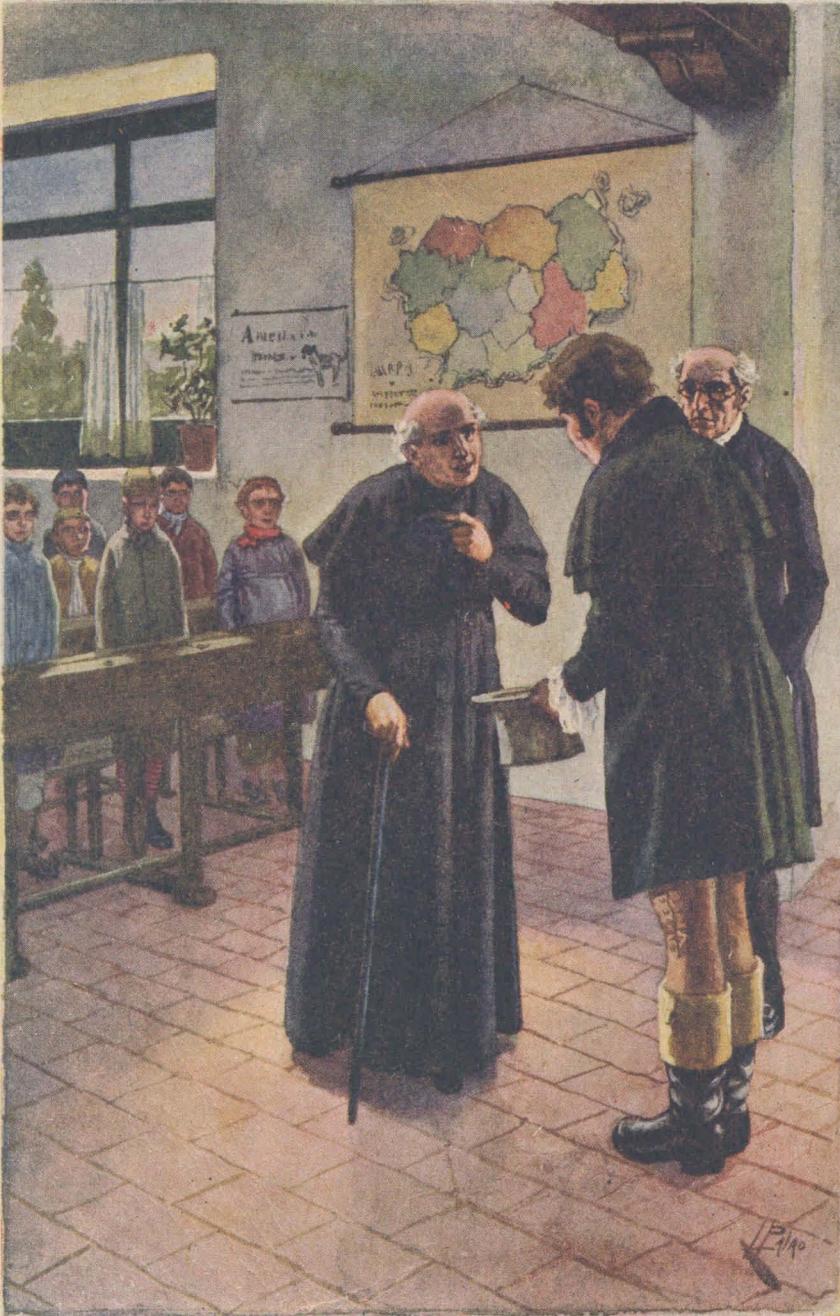
Sobre esta mesa habían sido colocados los libros de clase y cuadernos de escritura, cuentas, etc., de los niños. También estaban allí resplandecientes de oro y dispuestos con el mayor orden los libros destinados a los premios.

Los padres, los niños y niñas, o por mejor decir, toda la parroquia habíase congregado en la iglesia a la hora indicada.

Los señores Filinte con la nobleza, las autoridades y eclesiásticos de los alrededores se habían reunido con el párroco y los maestros en la casa de la escuela.

A las dos en punto los escolares, vestidos con sus mejores trajes y con la mayor compostura, se dirigieron de la escuela a la iglesia seguidos de todos los invitados.

Comenzó el examen por un cántico edificante, cuyas copias, que habían sido hechas por los alumnos, fueron distribuídas a los concurren-



Al entrar el noble visitante todos los niños se levantaron respetuosamente. (Pág. 10.)

tes más distinguidos. Los niños lo cantaron en coro con el mayor gusto y devoción.

Luego el párroco hizo una pequeña alocución, en la que, con ocasión del magnífico cuadro que representaba al Salvador rodeado de los niños, recomendó calurosamente a los padres el grato deber de dar a sus hijos la mejor educación posible. Terminado su breve discurso, el cura rogó sucesivamente a varios eclesiásticos presentes que se sirviesen preguntar a los niños sobre doctrina cristiana. Estos respondían muy bien uno por uno; y si por casualidad vacilaba alguno, todos los que creían poder responder levantaban en seguida la mano y el maestro designaba el que debía hacerlo.

Después de la religión se pasó a la lectura, y accediendo a los ruegos del maestro, los asistentes indicaban el capítulo que deseaban.

Empezó la primera sección de la clase, que era la más floja, y continuó la segunda, compuesta de los alumnos más adelantados; esto tenía por objeto estimular más y más la atención de los concurrentes. Si ocurría que uno de los alumnos pronunciaba mal una palabra, el maestro no le corregía, porque se hacía el siguiente razonamiento: «En estas circunstancias los niños no vienen a aprender sino a dar una prueba de lo que saben y han aprendido; por otra parte, haciéndoles notar la falta no se conseguiría más que intimidarlos y desconcertarlos. Además, los asistentes sabrán demasiado bien notarlas sin que yo se las indique.»

Los niños, con voz fuerte pero no chillona, leyeron con tanta serenidad

y limpieza que los concurrentes comprendían todas las palabras y escuchaban con tanta sorpresa como satisfacción.

Ya antes de la lectura el maestro había suplicado a los respetables señores que asistían al acto que diesen a los niños de la segunda sección el tema para una carta cualquiera.

El señor Filinte propuso el siguiente: «Un niño que abandona la escuela este año da gracias a su maestro por la instrucción que ha recibido.»

A la lectura del libro siguió la de las cartas que los alumnos habían compuesto sobre el tema dado.

Todos habían expresado su reconocimiento hacia su querido maestro en términos a la vez tiernos y enérgicos; algunas niñitas se enternecieron de tal modo al leer sus cartas que no pudieron terminar la lectura de las mismas.

Luego se pasó a las cuentas.

A ruegos del maestro, uno de los funcionarios presentes propuso un problema, que se encargaron de resolver en el encerado dos o tres alumnos de la sección superior. El encerado estaba colocado de manera que los otros alumnos que hacían la misma operación en sus pizarras pudiesen ver.

Mientras que esta sección se ocupaba en resolver por escrito y en silencio el problema, la sección inferior hacía cálculos de memoria.

Varios de los invitados, tanto señoras como caballeros, propusieron, a ruegos del profesor, problemas de economía doméstica.

A medida que los niños terminaban sus cuentas, escribiendo los resultados en sus pizarras con cifras

grandes y claras, las levantaban con las dos manos por encima de su cabeza, para que toda la concurrencia pudiese verlas.

Los examinadores experimentaban un gran placer en ver a los niños hallar en muy poco tiempo, casi rápidamente, el resultado pedido.

Si por casualidad alguno de los niños se había equivocado, le indicaban sonriendo su error y el alumno se apresuraba a bajar su pizarra.

El administrador del señorío, a pesar de estar muy versado en la ciencia de los números, no conocía todas las ventajas de este método, y mostrábase sorprendido de la rapidez y la exactitud con que los pequeñuelos resolvían los problemas.

Los niños explicaron luego por qué procedimiento habían llegado a cada resultado, y el administrador confesó riendo que había aprendido mucho en este examen.

—Este método—añadió—, además de la inmensa ventaja de ejercitar el entendimiento, ofrece también la de poder ser empleado lo mismo en la casa que en el mercado.

Mientras tanto la sección superior había resuelto por escrito el problema que se le había dictado; veíase sobre el encerado la solución exacta en números claros y bien formados. Al mismo tiempo fueron mostradas a la concurrencia las pizarras sobre las que aparecía la misma cuenta, y con raras excepciones se vió que estaban perfectamente.

Acto continuo, los alumnos tuvieron que sufrir un nuevo examen de ortografía con ejemplos escritos sobre el encerado.

Suplicaron al anciano párroco que

les dictase alguna máxima sacada de la Sagrada Escritura, y él escogió ésta :

«Amar a Dios es la fuente de la sabiduría; temer a Dios es el principio y fundamento de la sabiduría.»

En un momento apareció esta máxima perfectamente escrita en el encerado, con tanta claridad como corrección.

Luego se pasó a la geografía. El maestro presentó un mapa del señorío de Waldan. Las diferentes situaciones, tanto del castillo, como de la aldea y de los lugares más importantes, estaban determinadas por medio de circulitos de diferentes colores. Veíase en dicho mapa, entre otras cosas, el bosque coloreado de verde, y el riachuelo azul.

Terminada la explicación el maestro desenrolló un magnífico mapa de Alemania. Hizo preguntas con tanto método y los niños contestaron con tanta precisión, que entre los campesinos que se hallaban presentes hubo algunos que tuvieron que rectificar la idea equivocada que hasta entonces se habían formado de Alemania.

A la geografía agregó el señor cura la historia natural, siempre con arreglo al método que hubo de adoptar en esta materia y que ya conocemos.

Preguntó, pues, a los niños qué clase de minerales, vegetales y animales abundaban en tal o cual comarca de Alemania, y a qué manipulaciones se sometían en varias ciudades los productos agrícolas que por medio del comercio son transportados después a lejanos países. Hecho esto, examinó juntamente con los niños algunos pasajes del salmo 103,

que contiene un cuadro tan acabado de las obras de Dios, y que los niños sabían de memoria. El digno párroco creyó también poder aplicar a su patria estas sublimes palabras: «¡Cuán grandes y magníficas son vuestras obras, Señor! Lo habéis dispuesto todo con sabiduría y la tierra toda está llena de vuestra gloria.»

Terminados los exámenes se pasó a la repartición de los premios, que los niños recibieron de manos del señor Filinte y las niñas de las de su digna esposa.

Los dos hermanos, Juan y Santiago, con indecible satisfacción de sus padres, obtuvieron los primeros premios.

El señor Filinte designó en segui-

—Pero — agregó el señor Filinte— no es sólo la aplicación de los alumnos la que merece encomio y recompensa, sino también y principalmente el celo del maestro.

Y así diciendo entregó a este último un documento que era a la vez una alabanza y una recompensa, pues contenía la autorización para cobrar en la caja del señorío una importante gratificación, tanto en dinero como en especies.

La ceremonia terminó con un himno de acción de gracias que cantaron los niños en coro.

Todos, padres y alumnos, estaban entusiasmados, y muchos de aquellos y gran número de madres lloraban de alegría. Los niños fueron ade-



da, entre los niños y niñas pobres, aquellos que por su buena conducta y aplicación habían merecido ser vestidos de nuevo y recibir una gratificación en metálico. También figuraron de los primeros Juan y Santiago.

más invitados a ir al jardín del castillo, lo que hicieron en muy buen orden.

Allí habían sido colocadas dos largas mesas, una para los niños y otra para las niñas, provistas ambas

abundantemente de pasteles, enormes fuentes de dulce, y algunas botellas de hidromel y varios cestillos de magníficas manzanas que, cogidas el año anterior, habían sido conservadas perfectamente hasta aquel momento, en que los árboles frutales empezaban a cubrirse de nuevas flores.

Los alegres escolares tomaron asiento en los bancos colocados a lo largo de las mesas y empezaron a regalarse con tan buen apetito, que el señor Filinte y su esposa, así como los demás concurrentes, les contemplaban con infinita satisfacción.

Concluída la merienda, los niños cantaron algunas canciones propias de la estación.

Contribuían a hacer más bello este cuadro un espléndido día de primavera, el magnífico aspecto del jardín y los árboles cuajados de flores.

—Podemos asegurar—decían unánimemente todos los niños—que en nuestra vida no hemos disfrutado un día tan bueno como éste.

Los padres, por su parte, no se cansaban de elogiar el buen régimen de la escuela y la generosidad de los señores Filinte; desde aquel día no fué necesario ningún castigo para que los niños acudiesen con puntualidad a la escuela y fuesen más aplicados que antes.

V

Los padres de Juan y Santiago pusieron sus mejores ropas para acompañar a sus hijos, que lucían los trajes nuevos que les habían regalado.

—Hijos míos—les dijo el leñador—, vamos ahora todos cuatro al castillo para dar las gracias a nuestros generosos bienhechores.

Al verlos entrar en el salón, la señora Filinte dijo a su esposo, hablándole en lengua extranjera para no excitar la vanidad de los niños :

—Observa cómo realzan esos trajes nuevos la belleza de estos dos bonitos muchachos; el mayor, con su rubia cabellera, se parece a su padre y el menor a su madre. ¡En verdad son dos hermosos y amables chiquillos!

—Y lo que vale más aún—respondió el señor Filinte, en la misma lengua—es que ambos se distinguen por su cordura, su aplicación, su buen carácter y sus felices disposiciones. Creo que haríamos una buena obra costeándoles no una parte de su aprendizaje, según les he prometido, sino la totalidad y en seguida; ¡qué te parece?

—Me parece muy bien y consiento en ello con mucho gusto—repuso la bondadosa señora—. Pongamos en éstos y en otros niños de la aldea el cariño que sentíamos hacia las dos adoradas criaturas que perdimos tan prematuramente. A este fin renuncio de muy buen grado a los pendientes de diamantes que te proponías comprarme, pues poseo bastantes joyas, y ese dinero tendrá más noble empleo.

El señor Filinte, dirigiéndose entonces al buen leñador, le habló en estos términos :

—Vamos a ver, ¡cuáles son sus intenciones con respecto a estos dos muchachos? ¡Piensa usted hacerles aprender a cada uno un oficio?

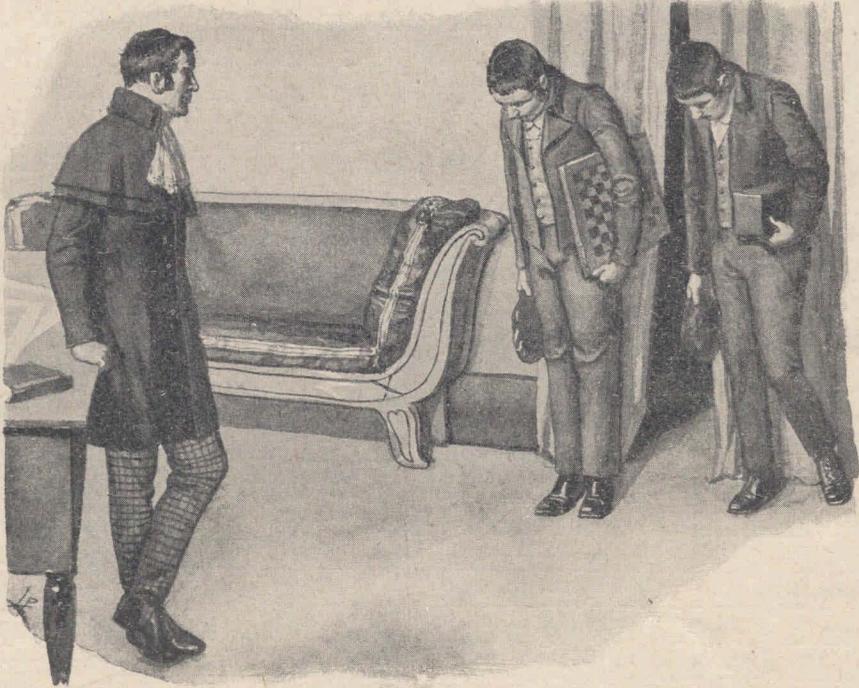
—Aunque, como mi difunto padre

elogiarlos y estaban contentísimos de ellos.

Cuando ambos hermanos estaban para pasar del grado de aprendiz al de oficial, Juan dijo a Santiago :

pensado ya ofrecerle una bonita rueca.

—Tienes razón — dijo Juan—, apruebo tu proyecto ; por mi parte, quiero hacer para la dignísima seño-



—Hermano mío, estamos obligados a demostrar al señor Filinte, por medio de alguna bagatela, el agradecimiento que le debemos por las bondades que nos ha dispensado. El es muy aficionado al juego de ajedrez. Yo, en mis horas libres, le haré un buen tablero, y tú hallarás fácilmente tiempo para tornear las piezas ; eso no te costará trabajo, pues ya estás acostumbrado a hacerlas por docenas.

—Has tenido una idea muy feliz— respondió Santiago— ; pongámosla en ejecución. Pero te olvidas de la señora. ¿ No haremos nada para ella ? Como le gusta mucho hilar, yo había

ra el costurero más bonito que me sea posible.

Al cabo de algún tiempo los dos hermanos se encaminaron al castillo con sus regalos, que habían salido a la perfección. Pidieron que les anunciaran al amo de la casa, el cual mandó que los hicieran pasar en seguida. Los hijos del leñador dejaron en la antesala el costurero y la rueca, y entraron respetuosamente en la habitación del señor Filinte, Juan con el tablero debajo del brazo, y Santiago con una bonita cajita que contenía las piezas de ajedrez.

—Señor—dijo Juan, que fué el encargado de llevar la palabra—, veni-

mos mi hermano y yo a ofrecerle una pequeña muestra de nuestro trabajo, y le suplicamos que tenga la bondad de aceptarla como humilde prueba de nuestro agradecimiento.

Halagado por esta muestra de afecto, el señor Filinte se puso a examinar con mucho gusto y atención el juego de ajedrez.

—Están tan bien pulidos el abeto obscuro y el nogal blanco, que se puede uno mirar la cara en este tablero como en un espejo—dijo con visible satisfacción.

Puso luego el tablero sobre la mesa, tomó la caja, sacó las figuras y las fué colocando en su sitio.

—Veo—añadió—que las piezas no son inferiores al tablero; diríase que son de marfil y ébano. No hubiera sido posible tornearlas con más finura y elegancia. ¡Qué cosa tan hermosa es el tener talento! Estoy contentísimo de que hayáis llegado a adquirir tanta habilidad; con celo se puede conseguir todo. No esperaba, en verdad, que hubierais podido hacerme tan pronto un regalo como éste. Pero hubierais debido hacer alguna bagatela para mi esposa que la hubiera aceptado con mucho gusto.

—No nos hemos olvidado—se apresuró a contestar Juan—; traemos para la señora dos regalitos que están en la antesala.

El señor Filinte fué a verlos inmediatamente y no supo qué alabar más, si la bonita rueda o el lindo costurero.

—Mi señora quedará muy contenta de vuestros lindos trabajos — dijo—; llevádselos en seguida.

En efecto, la señora mostróse encantada y satisfecha de ambas cosas,

que examinó sucesivamente con verdadero placer.

—Os agradezco—dijo a los jóvenes obreros — este precioso regalo que prueba, a la vez que vuestra habilidad, vuestros generosos sentimientos. Con esas dotes os podréis abrir paso en la vida.

Acababa de pronunciar estas palabras cuando entró el señor Filinte con su juego de ajedrez en la mano.

—¡Mira—dijo a su esposa — qué bonito regalo me han hecho! Fuerza es confesar que el dinero que nos cuestan estos buenos muchachos no podía haber sido mejor empleado. Ahora—continuó, dirigiéndose a los dos hermanos—creo que os convendría dar una vuelta por el extranjero. ¿Qué os parece? Por lo que a mí toca, como deseo tener buenos obreros en mi señorío, soy de parecer que no podéis dispensaros de ello.

Los dos hermanos respondieron que deseaban permanecer un año más en casa de sus respectivos maestros, para acabar de perfeccionarse en el oficio y ahorrar el dinero necesario para el viaje.

—Como gustéis — repuso el señor Filinte—. Mi esposa y yo nos proponemos pasar el invierno próximo en Francfort. Allí cuidaremos de proporcionaros a cada uno un excelente maestro y os provereemos además de todo lo necesario para el viaje y para que podáis presentaros decentemente.

Embargados de viva emoción por este exceso de generosidad, los dos hermanos besaron la mano a sus bondadosos protectores y corrieron a casa de sus padres.

—¡Papá! ¡Mamá! — gritaron al

entrar—. Ya están ustedes libres de la inquietud que les acongojaba hace largo tiempo. Los señores Filinte se encargan de proveernos de todo lo necesario para el viaje.

El honrado matrimonio derramó lágrimas de alegría al oír nueva tan feliz, dando gracias a la Providencia.

—¡Hijos míos—recomendó el padre—, mientras vivamos no debemos dejar pasar un solo día sin repetir desde lo más profundo de nuestro corazón : «¡ Bendecid, Dios mío, a nuestros generosos bienhechores !»

Aun no había transcurrido el año entero cuando el señor Filinte escribió a su administrador para que los dos honrados obreros se pusiesen inmediatamente en camino provistos de todo lo necesario a expensas de la caja señorial.

El administrador fué en seguida a la ciudad para comunicar a los jóvenes la grata noticia, y, conforme a las órdenes de su señor, equipó a los dos hermanos decentemente y los proveyó de todo lo necesario para el viaje.

Al cabo de algunos días Juan y Santiago fueron a despedirse de sus padres, preparados ya en traje de camino con el morral al hombro y el bastón en la mano. El día siguiente, que era un domingo, lo pasaron en familia, asistiendo con particular devoción a los divinos oficios, para dar gracias al Señor por todos los beneficios que habían recibido en su pueblo natal y rogarle que continuase protegiéndoles.

Al salir de la iglesia se dirigieron a casa del párroco para darle también las gracias por las muestras de benevolencia que siempre les había dispensado.

El venerable pastor les dirigió una vez más saludables exhortaciones, les entregó a cada uno una excelente obrita titulada : *Instrucciones paternales dedicadas a los compañeros viajeros*, y por último les dió su bendición.

De allí pasaron a despedirse del maestro, del administrador, de sus padrinos y de todos sus amigos y bienhechores que les desearon toda suerte de prosperidades.

Llegada la hora de ponerse en camino, los dos buenos muchachos pidieron a sus padres la bendición. La madre no fué dueña de contener las lágrimas y les dió para el viaje todos sus escasos ahorros, haciéndoles todo género de exhortaciones.

—Por mi parte—les dijo el padre—sólo os doy mi bendición. Poned vuestra confianza en Dios, observad sus mandamientos, practicad el bien, huid del mal, y el Señor velará sobre vosotros y no permitirá que os falte lo necesario.

Dicho esto, elevó al cielo sus ojos llenos de lágrimas. Su mujer se colocó a su lado, sollozando con las manos juntas.

Los dos hermanos se arrodillaron y el leñador les bendijo pronunciando estas palabras :

—¡ Dígnese el Omnipotente bendeciros, tomaros bajo su santa protección y acompañaros siempre y por todas partes !

—Amén—respondieron los hijos y la madre.

Levantáronse los dos hermanos, dieron las gracias a sus padres por los cuidados que les habían prodigado desde su infancia, les pidieron perdón de todas sus faltas, y como el do-

lor y los sollozos les impedían hablar, volvieron las espaldas y emprendieron la marcha.

VI

Juan y Santiago llegaron felizmente a Francfort.

El señor Filinte hizo llamar inmediatamente a los maestros, a quienes agradó el aspecto de los jóvenes y se los llevaron consigo en el acto.

Los dos hermanos se distinguieron de tal manera por su laboriosidad y destreza, así como por su conducta regular e intachable, que sus maestros los amaron bien pronto como a hijos propios y los trataron como a tales.

Por su parte, los dos excelentes obreros se vieron pronto, gracias a sus buenos salarios y a su vida económica y arreglada, en disposición de enviar de vez en cuando dinero a sus padres. Estos socorros llenaban de vivísima satisfacción a los honrados aldeanos, porque eran señalada prueba del acendrado cariño de sus hijos y les permitían procurarse muchas cosas necesarias de que carecían a causa de su pobreza.

Pero al cabo de algunos años los buenos leñadores se vieron atormentados, en particular la madre, por una dolorosa inquietud. Es el caso que estalló la guerra, y todos los jóvenes que habían cumplido los veinte años fueron llamados a entrar en suerte para la quinta.

Juan pertenecía a dicha clase, y antes del sorteo volvió a su pueblo

natal para tranquilizar a sus padres.

—Cualquiera que sea—les decía—la decisión de la suerte debemos considerarla como la voluntad de Dios y aceptarla de su mano. No temo de ningún modo ser soldado ni combatir por mi patria; mi brazo la servirá más con un fusil que con una herramienta de ebanista.

Juan fué puntual el día y hora fijado para el sorteo y sacó un número alto.

Los oficiales vieron con gran sentimiento que se les escapaba un joven tan notable por su estatura, su fuerza y su valor; pero los padres, enajenados de alegría, no cesaban de dar gracias a Dios por haberles conservado a su querido Juan.

El año siguiente hubo falta de nuevos reclutas para cubrir las bajas del ejército, y tocó el turno a los jóvenes de la edad de Santiago.

Santiago fué también a casa de sus padres algunos días antes del sorteo; pero lejos de mostrar el valor y el arrojo de su hermano, como su carácter era tranquilo y apacible, sentía una profunda aversión y un miedo tremendo hacia la guerra.

Su madre, disimulando sus propios temores y su aflicción, procuraba, de acuerdo con el padre, dar ánimo al joven quinto; pero todo era inútil. El pobre mozo no podía sobreponerse a la tristeza y angustia que le embargaban. Aunque sus padres le prometieron orar por él durante el momento crítico, se dirigió con el corazón palpitante de temor al lugar destinado para el sorteo. Poco después volvió a su casa pálido como un cadáver y murmuró al entrar:

—¡No hay remedio, soy soldado!

Cuanto sus padres le dijeron para alentarle fué inútil; su desconsuelo y desesperación no tenían límites.

A los ocho días Santiago debía partir con los demás reclutas; pero la víspera del día fatal llegó Juan inesperadamente a la casa.

—He sabido—dijo—que Santiago ha caído soldado, y como sé que le gusta poco la vida militar vengo a substituirle.

Estas palabras llenaron de alegría el corazón del recluta; pero se negó a aceptar en un principio.

—Mi querido hermano—repuso—, eso sería de tu parte llevar demasiado lejos el cariño fraternal; no puedo consentir que soportes por mí todas las fatigas de la guerra y expongas tu vida.

—Lo hago de muy buen grado y con entusiasmo—replicó Juan—. Me considero feliz con poder dar a mi hermano y a mi patria una prueba más del cariño que les profeso.

Este rasgo de generosa abnegación conmovió hasta tal punto a Santiago y a sus padres, que los tres derramaron abundantes lágrimas y se deshicieron en alabanzas a Juan; pero éste, que era tan modesto como generoso, les respondió:

—Es cierto que tengo valor, pero se lo debo a Dios. El valor es un don del Señor, y por consiguiente nadie puede adquirirlo por sí mismo. Así, soy de parecer que cuando se hace una leva de reclutas no deberían, a ser posible, limitarse a examinar si tal joven está bien o mal constituido, sino si es hombre de corazón. Ahora, mi querido Santiago—prosiguió, dirigiéndose a su hermano—, es preciso que me prometas solemnemente

cuidar de nuestros padres queridos y darles tus economías, pues bien poca cosa será lo que yo podré ahorrar de mi soldada, y en el caso en que yo quede sobre el campo de batalla espero que tú serás el apoyo de su vejez.

Los dos hermanos fueron en seguida a casa del oficial, y Juan pidió que le admitiesen como substituto de su hermano. El oficial, admirado de este rasgo de valor y abnegación, respondió, dirigiéndose a Juan:

—Está muy bien lo que haces al ofrecerte espontáneamente a servir a la patria y al rey. ¡Ojalá todos los jóvenes siguieran tu noble ejemplo!

Juan fué inscrito en seguida y Santiago declarado libre del servicio militar.

Cuando Juan hubo aprendido suficientemente la instrucción militar y llegó la hora de incorporarse al ejército combatiente, no quiso partir sin despedirse de su familia una vez más. Se presentó, pues, en casa de sus padres con un brillante uniforme y cubierta la cabeza con el reluciente casco, hecho, en toda la extensión de la palabra, un apuesto y arrogante militar.

Al verle no experimentó su madre alegría sino terror; y cuando llegó el momento de decir ¡adiós! a su hijo, se deshizo en lágrimas.

—No se aflija usted de esa manera, mi buena y querida madre; Dios vela siempre sobre nosotros y no puede caer ni un cabello de nuestra cabeza contra su voluntad. Aquel a quien la Providencia protege está tan seguro en medio de un campo de batalla como en el seno de su familia: ruegue, pues, por mí, y tenga confianza en el Señor.

La buena madre entró en su alcaoba y no tardó en salir con una medallita en la mano.

—Hijo mío—le dijo—, he aquí un regalo de mi padrino. Es una medallita de oro, que en mi juventud llevaba siempre colgada al cuello con una cinta de seda. Después de mi matrimonio, la necesidad me obligó en más de una ocasión a empeñar esta medalla; pero siempre he tenido

tar también su compasión y caridad para con los desgraciados.

—Se lo prometo solemnemente —dijo Juan—. Llevaré siempre colgada al cuello, con un cordón de seda, esta medallita de oro como recuerdo suyo, madre mía, y en memoria del santo caritativo y heroico que representa.

Llegó el momento de la despedida, y Juan, viendo que sus buenos pa-



buen cuidado de rescatarla. No te desprendas de ella sino en último extremo, y si es preciso pide más bien dinero sobre ella, antes que venderla. Es para mí un recuerdo cariñosísimo y sentiría que pasara a otras manos. Mira, tiene la efigie de San Martín.

—Es verdad—dijo el joven—; este santo será mi modelo y me esforzaré por ser un valiente soldado como él.

—Muy bien pensado — replicó la madre—; pero no te olvides de imi-

dres se deshacían en llanto, trató de consolarlos afectando muy buen humor; pero sintiendo el corazón oprimido y las lágrimas prontas a correr, sólo tuvo tiempo de decir:

—¡Adiós, y que el Señor sea con nosotros!

Después, arrancándose de los brazos de sus padres amantísimos para que no vieran su llanto, partió acompañado de las bendiciones más tiernas y de las más ardientes plegarias.

tranquilos con respecto a mí, sin dejar por eso de rogar constantemente ; de este modo Dios me seguirá dispensando su protección.»

VII

Juan no faltó a la promesa que hiciera a sus padres de escribirles con frecuencia, y sus cartas no contenían más que noticias agradables y tranquilizadoras.

En cuanto a Santiago, volvió a la ciudad vecina, habiéndole invitado su antiguo maestro para trabajar en su casa.

El día del santo de su madre fué a felicitarla y halló tanto a ésta como al padre presa de la más viva inquietud porque desde hacía largo tiempo no tenían noticias de Juan ; pero Santiago les devolvió pronto la alegría, diciéndoles :

—Les traigo una carta que venía dentro de otra que mi hermano me ha escrito : ésta es. Aunque no contiene ninguna felicitación por la fiesta de hoy, porque ha estado extraviada mucho tiempo en el camino, les causará, de seguro, un vivo placer. Escuchen ustedes.

Santiago leyó la carta, cuyos principales pasajes decían así :

«Mis queridos padres : A Dios gracias, gozo, como siempre, de muy buena salud. Hemos tenido ya algunos encuentros bastante reñidos ; pero Dios se ha dignado conservarme sano y salvo en medio de las balas y las bayonetas enemigas. Esto lo debo, queridos padres, a sus fervorosas oraciones y sobre todo a las de mi queridísima y tierna madre. Estén

Venían después una multitud de cariñosos recuerdos y saludos que Juan dirigía a los señores Filinte, al párroco, al maestro de escuela, al administrador del dominio, a su maestro ebanista y a todos sus bienhechores y amigos, y terminaba la carta en la siguiente forma :

«Fuerza es reconocer siempre con la mayor gratitud que Dios nos depara en todas ocasiones buenas almas que nos ayuden. Mis jefes se muestran muy amables conmigo, y en prueba de ello sólo les diré, mis queridos padres, que soy ya cabo a pesar de llevar tan poco tiempo en el servicio. También esto lo debo al cariño de mis padres, por haberme hecho asistir asiduamente a la escuela, donde no sólo aprendí a leer y escribir con bastante corrección, sino también a poner por escrito todo lo que me sucedía u oía que fuese digno de interés ; por eso los jefes están muy contentos de mis partes o relaciones. Ahora es cuando puedo apreciar la ventaja de haber adquirido en la escuela conocimientos geográficos y entender toda clase de mapas. Debemos dar todos las más rendidas gracias a la divina Providencia por haberme deparado en mi niñez tan digno y sabio maestro y haberme preservado hasta el día en mi nueva carrera de los peligros inminentes que he corrido al rechazar los ataques del enemigo. Estoy firmemente convencido de que el Cielo continuará dispensándome

me su divina protección. Así, a ejemplo mío, tomen ustedes por divisa :
¡ Valor y alegría !»

La lectura de esta carta llenó de contento a los buenos leñadores, y la madre fué a la cocina para preparar una comida mejor que la acostumbrada.

En la mesa los tres comensales no cesaron de hablar de su querido Juan ; todo eran elogios acerca de su confianza en Dios, de su valor para desafiar los peligros y de su amor filial y fraternal. También se entregaron todos tres a la dulce esperanza de verlo regresar muy pronto alegre y bueno, con tanta más razón cuanto que corrían ya rumores de que se iba a firmar la paz.

Una botella de vino que Santiago había llevado, y que era un verdadero lujo en casa de los pobres aldeanos, puso el colmo a su buen humor.

Bebieron, pues, los tres, a la salud del valiente y generoso Juan, y el padre dijo :

— ¡ Hace mucho tiempo que no pasábamos un día tan bueno !

Acababa de pronunciar estas palabras, cuando reparó en un soldado pálido, con triste aspecto y apoyado en una muleta que se acercaba a la casa. En un principio, como lo veían desde la ventana, lo tomaron por Juan ; pero tan pronto como el inválido entró en la casa reconocieron al hijo de un vecino de la aldea inmediata. Este valiente, herido en el campo de batalla, fué curado en un hospital militar ; pero, declarado inútil para continuar el servicio, le licenciaron, enviándole a su casa, a donde

acababa de llegar tan pálido y flaco que estaba casi desconocido.

— Les traigo — dijo al entrar — recuerdos de Juan, nuestro valiente cabo.

— ¡ De nuestro Juan ? — exclamaron los tres a un tiempo, presa de viva ansiedad — ; ¡ cómo está ?

— Mejor seguramente que los que andamos aún por este mundo miserable ; ha muerto como un héroe en el campo de batalla.

Estas palabras fueron como un rayo que dejó paralizados a los tres y trocó al punto su alegría en profunda consternación. Tal era su dolor, que estuvieron largo tiempo sin poder articular palabra y de su pecho sólo escapaban hondos suspiros y dolorosas exclamaciones.

— Siéntate aquí, mi querido Andrés — dijo al fin el padre —, y cuéntanos cómo ha ocurrido esa desgracia.

El inválido se sentó ; la madre le sirvió con mano temblorosa el resto de la botella, le ofreció un pedazo de torta, y él empezó de este modo su relato :

— El enemigo nos atacó y nosotros le opusimos una vigorosa resistencia ; nuestro cabo, es decir, Juan, fué herido por una bala que le echó a tierra. No pudiendo prever cómo acabaría el combate, uno de mis camaradas y yo levantamos al herido, para colocarle en lugar seguro, y lo transportamos a un campo vecino cubierto de cebada madura ya y muy alta. Después de haberle depositado allí con el mayor cuidado, intenté restañar su sangre. Juan se repuso un poco y nos dijo :

»—Dejadme aquí, pues será inútil todo lo que querráis hacer por mí; volved al combate y volad en socorro de nuestros camaradas que están cercados por el enemigo.

»Estas palabras le fatigaron demasiado.

»—Andrés—me dijo con voz desfallecida—, llevo colgada al cuello con un cordón de seda negra una medallita de oro; tómalala y llévasela a mi pobre madre, saludándola en mi nombre, así como a mi buen padre y dándoles el último adiós de su hijo. Saluda también a mi hermano Santiago y dale este beso en mi nombre.

»Al decir esto, acercó su boca ensangrentada a mi cara, y me besó.

bras. Nosotros volvimos en seguida al combate, que duró hasta la noche. Obligados a retroceder ante el crecido número de enemigos que nos atacaban tuvimos que ceder más de una legua de terreno. Al día siguiente, el enemigo, que durante la noche había recibido nuevos refuerzos, reanudó la batalla, y batidos y rechazados, pero en buen orden, nos retiramos lejos de la ciudad. Fuí herido de un balazo en el pie derecho y aquí me tienen ustedes obligado a caminar con ayuda de una muleta.

»Durante la noche el capitán recibió orden de suspender las hostilidades y continuar la retirada con todas las precauciones posibles. El enemi-



Notando luego que me había dejado señal de sangre, añadió suspirando:

»—Llévale este beso de sangre; ¡Dios quiera acogerme en su seno!

»Estas fueron sus últimas pala-

go había atacado a la vez a nuestro regimiento y a todas nuestras posiciones. Así es que evacuamos completamente la comarca.»

Quando hubo terminado su rela-

ción, Andrés sacóse del bolsillo la medallita con el cordón negro y se la entregó a la madre de Juan. Al verla, la pobre mujer, que hasta entonces había permanecido pálida e inmóvil, empezó a derramar un torrente de lágrimas y a referir palabra por palabra lo que había dicho a su difunto hijo cuando se la entregó en el momento de partir para el ejército.

—Y Juan—prosiguió el soldado—ha cumplido cuanto prometió. Era tan valiente e intrépido, delante del enemigo, como bondadoso y afable con los señores y aldeanos a cuyas casas íbamos alojados. Ponía ciertamente empeño en que se diese al soldado lo que le correspondía, pero si alguno trataba de traspasar los límites de su derecho, sabía muy bien tenerlo a raya; así, en muchas ocasiones apaciguó más de una disputa. Todos los soldados le querían y los jefes, desde el coronel hasta el último de ellos, le demostraban gran estima, y estoy seguro de que si hubiera vivido habría obtenido pronto el grado de oficial.

Los pobres aldeanos no pudieron menos de agradecer a Andrés la noticia que acababa de darles, por más triste que fuese, y sobre todo la caridad con que había asistido a su querido Juan en sus últimos momentos, así como la fidelidad con que había cumplido el encargo del moribundo, llevándoles la medallita de oro.

Lloraban todos y el joven inválido se volvió a su aldea con los ojos bañados en lágrimas y cojeando.

Santiago, sobre todo, estaba inconsolable.

—¡Ay de mí!—exclamaba gimiendo—, ¡yo tengo la culpa de que haya muerto el mejor de los hermanos!

VIII

Pero Juan, el valiente cabo cuya muerte lloraban amargamente sus padres y hermano, vivía aún. La herida habíale producido un desvanecimiento acompañado de tan violento espasmo, que el pobre Juan se encontró imposibilitado de hacer el menor movimiento; lo cual, unido a la ausencia de todo signo exterior de respiración, era más que suficiente para creer que había expirado. Este estado duró bastante tiempo; porque cuando el herido volvió en sí, había cerrado la noche y brillaban en el firmamento miríadas de estrellas. No se oían detonaciones ni el menor ruido de armas; y sólo interrumpía aquel profundo silencio el roce ligero de las espigas agitadas por la fresca brisa.

El valeroso cabo trató de levantarse, pero le faltaron las fuerzas; quiso gritar, y también le faltó la voz. En tan crítica situación sólo pudo alzar los ojos al estrellado cielo e implorar con el corazón, ya que no podía hacerlo con la voz, la protección divina con la siguiente plegaria:

«¡Oh Vos, Dios bueno y misericordioso! ¡Vos que me veis bañado en mi sangre y privado de todo humano socorro! ¡Vos oís los débiles suspiros que, en la imposibilidad en que me hallo de poder articular una sola palabra, se escapan dolorosamente de

mi pecho! ¡Jamás ha implorado en vano vuestra piedad el que en Vos confía únicamente! ¡En Vos pongo toda mi confianza! Tened, pues, también piedad de mí y no me dejéis perecer aquí sin amparo alguno. Mas, ¡padre celestial! si entra en vuestros sacrosantos designios que muera aquí, lejos de mis padres... de mi hermano... de mis amigos... ¡cúmplase vuestra santa voluntad! ¡Asistidme! Consolad a mis padres y a mi hermano. Perdonadme mis pecados por la pasión y muerte de Jesús vuestro hijo muy amado, y abridme las puertas de vuestra gloria.»

Al cabo de algunos instantes creyó percibir en el camino que atravesaba el campo en que se encontraba pasos y el débil rodar de una carretilla. En efecto, era un hombre que, empujando un carretón, iba a pasar muy pronto por cerca de donde yacía el pobre herido.

—¡Socorro! ¡socorro!— consiguió articular Juan, reuniendo todas sus fuerzas, pero lo dijo con voz tan débil que el hombre del carretón no le oyó y hubiera sin duda continuado su camino; pero como estaba cansado hizo un pequeño alto y se sentó al borde del campo sembrado tan cerca del herido que no tardó en oír sus gemidos.

Levantóse inmediatamente, penetró en la haza, dió algunos pasos y creyó, a la luz incierta de las estrellas, distinguir un hombre tendido en tierra. Acercóse, arrodillóse junto a él para oírle mejor, y le preguntó quién era y qué deseaba.

—¡Soldado... herido!...—fué todo lo que Juan pudo contestar.

—¡Válgame Dios! ¡cuánto le com-

padezco, pobre joven!—dijo el hombre compasivo, por más que no sabía aún si se trataba de un soldado amigo o enemigo—. Aquí me tiene dispuesto a socorrerle en todo lo que dependa de mí.

Dicho esto, fué por su carretilla, ocultó la carga en el sembrado, y después, levantando no sin trabajo al herido casi moribundo, lo colocó con todo el cuidado posible para trasladarlo a su casa.

El individuo que acababa de llevar a cabo este rasgo humanitario era un pobre trajinante de aldea que cada semana llevaba al mercado de una pequeña ciudad próxima toda clase de víveres, como gallinas, huevos, manteca, etc., y traía en cambio mercancías de la ciudad. La batalla que se había librado aquel día le retuvo en la ciudad, pues había tenido que esperar a que las tropas abandonasen el campo. Su casa, que estaba situada en un vallecillo solitario, formaba parte de un lugarejo.

Al llegar a la puerta de su pobre vivienda, el buen trajinante llamó a su familia y al punto aparecieron su mujer y su hijo con una luz.

Al ver al militar tendido en el carretón y cuyo brillante uniforme contrastaba tristemente con un rostro cubierto de palidez cadavérica, las buenas gentes se sintieron movidas a gran compasión. Los dos hombres transportaron al herido a la cama, precedidos de la mujer, que les iba alumbrando. Hecho esto, el buen campesino dió orden a su hijo de que fuese corriendo a la aldea cercana a traer un médico que en ella vivía.

—Al volver—añadió—, podrás recoger las mercancías que he dejado

escondidas en la haza que hay cerca del peral grande. Como hay luna no necesitas linterna, Anda, ve volando.

Entretanto, la madre arregló un lecho y cuanto era necesario para curar al herido. También preparó, mientras llegaba el médico, una sopa que ofreció a nuestro cabo; pero éste no la quiso, dando a entender que tenía sed. El trajinante quiso darle fuerzas haciéndole tomar una copa de aguardiente, pero Juan la rechazó con la mano diciendo con voz balbuciente:

—¡ Agua! ¡ agua!

Llegó el médico, miró el uniforme y le dijo con mucha amabilidad:

—¡ Dios le guarde, señor cabo! Vengo a ofrecerle con el mayor gusto los auxilios de mi profesión. Fuí en mi juventud cirujano del ejército, y con la ayuda de Dios devolví la salud a centenares de valientes soldados.

Después de esto, curó al herido, le indicó el régimen que había que seguir, le aseguró que pronto estaría completamente restablecido, y manifestándole su deseo de que pasase una buena noche se retiró prometiendo volver al día siguiente.

Gracias al tratamiento del cirujano, que le asistió con tanto acierto como diligencia, y a los buenos y caritativos cuidados de sus huéspedes, Juan se encontró muy pronto fuera de peligro, recobró insensiblemente sus fuerzas y no tardó en poder pasar levantado la mayor parte del día.

Desde aquel día su mayor inquietud fué saber de qué manera podría pagar al cirujano su asistencia y cuidados y a sus bondadosos huéspedes

las molestias y gastos que les había ocasionado.

Con este motivo, cuando el cirujano anunció al convaleciente que ya no tenía necesidad de asistencia médica, el pobre cabo le manifestó su profundo sentimiento por no tener dinero para pagarle.

—Aunque no tengo el gusto de pertenecer como en otro tiempo al ejército—contestó amablemente el cirujano—, me considero obligado a cuidar a los heridos, porque es un deber que me impone la religión. Todo médico que tenga conciencia no debe hacer ninguna distinción entre sus pacientes, que, ya sean pobres o ya ricos, tienen igualmente derecho a los cuidados de su profesión. El piadoso y cordial *Dios se lo pague* de las personas que yo tenga la dicha de salvar, es mejor recompensa que el dinero, porque traerá más bendiciones sobre mis hijos.

Al día siguiente, como su patrona sirviera en la mesa una gallina entera nadando en substancioso caldo, dijo nuestro cabo:

—Mi buena amiga, gasta usted demasiado conmigo y no me encuentro en situación de comer platos tan delicados. Por otra parte, debo advertirle que no tengo un cuarto y por consiguiente no podré pagarle los gastos que está usted haciendo.

—No se preocupe usted por eso—respondió la buena mujer—. Usted ha traído la bendición de Dios a nuestra casa, pues desde que está usted en ella los vecinos del lugar y hasta de las aldeas de los alrededores nos traen más pollos, gallinas, pichones, huevos, manteca, harina y pan de los

que puede usted comer. Y cuando les hago esta observación, me responden : «¿ No es justo que partamos los víveres que tenemos y que nada nos cuestan con los valientes que derraman su sangre por nosotros ?» No vale decirles que es demasiado ; me replican que si sobra nos regalemos nosotros en compañía de usted, en recompensa de las molestias que nos tomamos. Así, pues, ya ve usted cómo nos pagan con exceso el poco trabajo que puede usted causarnos.

—Por mi parte, yo discurro de la siguiente manera—añadió entonces el buen trajinante— ; quién sabe si lo que hacemos por usted otras buenas gentes lo estarán haciendo por nuestro hijo, que es también soldado y se encuentra a cada paso expuesto a ser herido y que tal vez se halla en este momento tendido en tierra bañado en su sangre.

En cuanto mejoró el tiempo, se halló nuestro militar en disposición de dar unos paseítos con ayuda de un bastón, del que pudo prescindir también algunos días después, encontrándose tan fuerte que pensaba en abandonar su apacible y hospitalario retiro, y volver a su regimiento, cuando supo, con la satisfacción que es de suponer, que el ejército, después de haber rechazado en varios encuentros al enemigo, volvía para recobrar sus posiciones. En efecto, habiendo pasado cerca del vallecito su regimiento, se apresuró a incorporarse a él más intrépido que nunca. Sus compañeros, que lo habían tenido por muerto, le acogieron con las más vivas demostraciones de júbilo.

Como poseía mucha inteligencia y muy bien cultivada, que le permitía

extender cada día más sus conocimientos militares, como desplegaba en toda ocasión un valor y un arrojo poco comunes, y como, por otra parte, había siempre gran número de bajas entre los oficiales, avanzó rápidamente en su carrera llegando hasta el grado de capitán.

IX

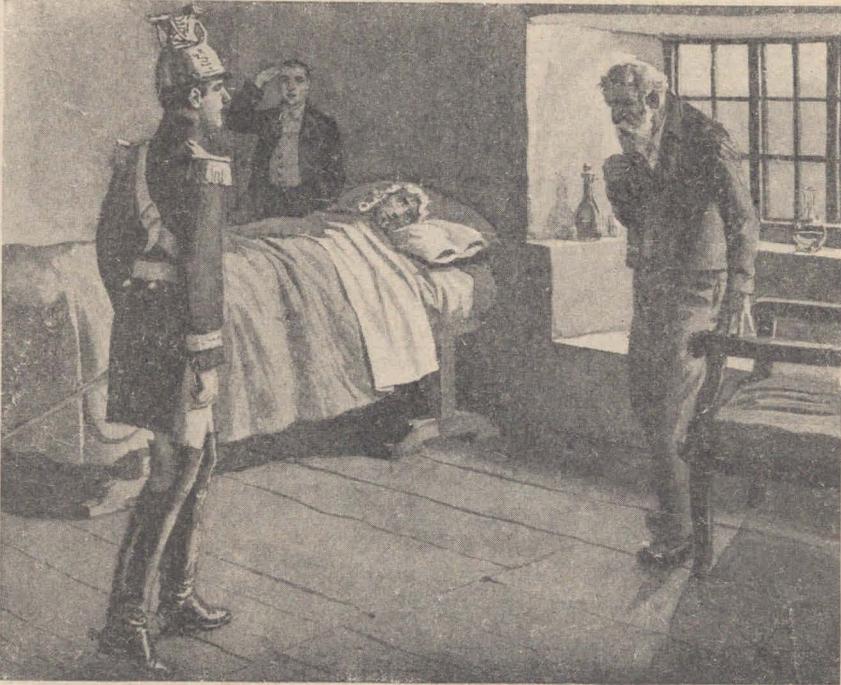
La guerra se prolongó varios años sin que la victoria definitiva se decidiese por unos ni por otros. Al fin, habiendo sido los alemanes considerablemente rechazados, se acordó un armisticio, en virtud del cual los dos ejércitos beligerantes se encontraron, a corta distancia uno de otro, distribuidos entre los pueblos y aldeas circunvecinos. El capitán Tanner estaba alojado en un molino, la mejor vivienda de una aldehuela situada en el centro de un país montañoso que no conocía y del que no pudo adquirir un mapa que le diese a conocer las diversas localidades. El país, que estaba sembrado de bosques y rocas pintorescas, le agradaba mucho sin embargo ; así es que permaneció en él varias semanas, saliendo todos los días a dar un largo paseo.

Habiéndose levantado una mañana muy temprano se dirigió a la cima de una montaña lejana desde la que se abarcaba con la vista un magnífico panorama. Parecíale conocer muy bien la comarca que se extendía al otro lado de la montaña, y cuanto más la contemplaba más creía recor-

dar haber visto ciertos lugares. Miró más allá de un bosque vecino, y creyó divisar en el azulado horizonte el antiguo campanario de la pequeña ciudad en cuyas inmediaciones se libró el combate en que fué herido. Avanzó aún algunos centenares de

anciano padre—, que, a pesar de lucir el brillante uniforme de capitán, no tiene a menos visitarnos en medio de nuestra miseria. ¡Oh! le aseguro que su visita nos alegra y nos consuela.

La mujer, pálida y consumida por



pasos por la montaña y vió a sus pies, en un delicioso vallecito, el lugarejo y hasta la modesta vivienda en donde encontró tan hospitalario albergue y tan cariñosos cuidados. Hasta aquel día no había siquiera sospechado que se encontraba tan cerca de dicho lugar, y allí se dirigió en seguida para hacer una visita a la familia del buen trajinante.

Entró, pues, con el corazón palpitante de alegría en la casita, donde con gran sentimiento vió a las buenas gentes en la situación más precaria.

—¡Es el señor cabo!—exclamó el

la miseria y la intranquilidad, yacía en el lecho del dolor; a su lado estaba sentado el hijo que había sido soldado y que aunque curado de una herida que recibió en la guerra fué licenciado. Levantóse inmediatamente e hizo al señor capitán el saludo de ordenanza.

El otro hijo, carpintero de oficio, y que estaba componiendo en aquel momento una puerta en casa de un vecino, acudió inmediatamente, y acercándose al capitán le estrechó la mano diciéndole:

—¡Dios le guarde, señor cabo!

El capitán Tanner se sentó, pi-

diendo que le refirieran las desgracias que afligían a la familia.

He aquí en pocas palabras lo que había sucedido :

El joven carpintero, que era el sostén de la familia, se hallaba sin trabajo desde hacía mucho tiempo, porque, visto el estado de guerra en que estaba el país, no se construían casas nuevas y sólo se hacían las reparaciones indispensables. En cuanto al padre, que después de haber ejercido también de carpintero y a causa de la falta de fuerzas hubo de dejarlo por el de trajinante, con un pequeño comercio de diversos artículos, vióse por último obligado a dejar su nueva ocupación por faltarle casi completamente las fuerzas a causa de la edad. Este cúmulo de fatalidades redujo a la miseria a aquellas buenas gentes, que habían tenido que contraer deudas sobre deudas, hasta el punto de que la casa y las pocas tierras que poseían iban a ser vendidas en pública subasta. Para colmo de desdichas, el joven carpintero, que era muy diestro en su oficio, había pedido y obtenido la mano de una joven y honrada aldeana ; pero, cuando todo el mundo consideraba ya el matrimonio como cosa hecha, el padre y la hija, enterados de la precaria situación en que se encontraban el novio y su familia, retiraron su consentimiento.

Las tristes circunstancias a que se veían reducidos aquellos pobres conmovieron hondamente al compasivo capitán.

— ¡ Ah ! — les dijo —, ¡ con qué gusto les sacaría del apuro, si tuviera medios para ello ! Desgraciadamente, hace ya mucho tiempo que no nos

entregan la paga. He aquí — añadió sacando su bolsa — el poco dinero con que cuento en este momento. Sin embargo, les ruego que lo tomen mientras estudio y encuentro la manera de hacer más.

Les exhortó a tener ánimo y poner su confianza en Dios y les estrechó la mano prometiendo volver dentro de poco tiempo. Esta agradable visita fué como un bálsamo para la anciana madre ; porque desde aquel momento se encontró mejor y, gracias al pequeño recurso en metálico que acababa de llegar tan a punto, se halló por completo restablecida y pudo abandonar el lecho al cabo de muy pocos días.

Mientras volvía al molino el capitán pensaba en lo que había de hacer para aliviar la aflictiva situación de una familia que era tan acreedora a su agradecimiento. Pretender que le pagaran sus pagas atrasadas sabía demasiado que por el momento hubiera sido inútil ; y por más que se devanaba los sesos para hallar alguien que le prestara algún dinero, no podía dar con nombre ninguno.

En medio de esta perplejidad, y siguiendo la piadosa costumbre de ponerlo todo en manos de Dios, costumbre que había sabido conservar hasta en medio del tumulto de los campamentos, imploró del Cielo que le inspirase el medio de que debía valerse en tan apurado trance. Poseía Juan un excelente caballo de su propiedad y del que hubiera podido sacar una cantidad relativamente considerable, y resolvió venderlo, por más que tenía gran cariño a su caballo y veríase obligado a hacer en adelante las marchas a pie, porque los

oficiales de infantería sólo podían usar el caballo por favor especial.

Decidida en principio la venta del caballo faltaba realizarla. Por desgracia, todos los oficiales se hallaban tan apurados de dinero como él, y si alguno lo tenía, dadas las probabilidades de paz y los inconvenientes que por otra parte ofrecía poseer en tiempo de guerra un caballo de tanto precio, no se sentían inclinados a hacer semejante adquisición.

El capitán, pues, no encontraba medio de sacar el mejor partido posible de su caballo. En estas alternativas el regimiento recibió la orden de ponerse en marcha un día determinado para el punto que se le había indicado, porque, roto el armisticio, iban a comenzar de nuevo las hostilidades.

Esta circunstancia había inducido a nuestro capitán a ofrecer el caballo al molinero por la mitad de su valor, cuando durante la noche el animal fué robado de la cuadra. Juan experimentó un gran pesar, menos por la pérdida del caballo que por la imposibilidad de favorecer a sus bienhechores.

La noche siguiente, estando acostado ya y rogando a la Providencia socorriese de alguna otra manera a la familia del infeliz trajinante, oyó el trote de un caballo que se acercaba velozmente y se detuvo a la puerta de su alojamiento.

Suponiendo que sería un ordenanza que llegaba con un pliego, se levantó apresuradamente, encendió luz, bajó, abrió la puerta y vió... a su propio caballo sin jinete, pero adornado con una silla y bridas mag-

níficas, cargado con un maletín y relinchando de placer.

El sujeto que robó el caballo lo había vendido a un oficial enemigo, pero el fogoso animal había tirado a tierra a su jinete y emprendido el camino para él bien conocido del molino.

El capitán llevó el caballo a la cuadra, le echó un buen pienso, y subió a su habitación con el maletín. Por los papeles que éste contenía vió que conocía al oficial enemigo por haber tenido que entenderse con él antes respecto a una línea de separación que hubo que trazar entre los dos ejércitos beligerantes.

Dicho oficial, que estaba enamorado del caballo del capitán, quiso comprarlo cuando no estaba en venta; así, pues, no había duda de que el astuto enemigo había conseguido apoderarse del animal valiéndose de un individuo sospechoso que se había visto rondar en la comarca por aquellos días. En el maletín había, además, varios cartuchos de monedas de oro y plata.

—¡Loado sea Dios! — exclamó el capitán—. ¡Ya tengo lo que quería! Según las leyes de guerra vigentes, este dinero se considera como botín; porque cuando mi caballo me fué robado estaba ya roto el armisticio y empezadas las hostilidades. Sin embargo, no emplearé este dinero en mis propias necesidades; lo entregaré todo a mis pobres y queridos bienhechores.

Al romper el alba el capitán partió a galope en dirección a la vivienda de los buenos aldeanos. Reunió a los acreedores, se sentó ante una mesa, y en presencia de la autoridad local,

a la que también había convocado, pagó todas las deudas.

Cuando todo estuvo terminado presentóse el padre de la novia del joven carpintero diciendo que desde aquel momento, lejos de poner obstáculos al matrimonio, deseaba que se celebrase cuanto antes. El capitán quiso conocer a la futura. La joven, que era una aldeana fresca y agradecida, dotada además de inteligencia y moralidad reconocidas, no tardó en presentarse con su madre, vestida con sus mejores galas, y toda su persona respiraba cierto aire de modestia y pudor.

El capitán creía recordar haberla visto anteriormente.

En efecto, cuando estuvo enfermo en casa del trajinante, había ido la joven en más de una ocasión a llevarle alimentos convenientes para su estado. Apresuróse, pues, a felicitar a los novios, y les hizo, del dinero que le quedaba, un regalo de bodas considerable.

—No dudo—les dijo—que emplearán ustedes la mayor parte en aliviar la vejez de sus padres.

Los novios y las familias de ambos estaban radiantes de alegría y demostraban su agradecimiento al joven y generoso oficial más con lágrimas que con palabras.

—Lo que hicieron ustedes antes por mí — repuso Juan—, es mucho más de lo que yo hago ahora en su beneficio, y nada hay tan dulce como el mostrarse agradecidos a sus bienhechores. Ahora vemos cumplido lo que entonces me decían ustedes: «El que es misericordioso con sus prójimos, hallará también en el día del infortunio misericordia de-

lante de Dios». Siento vivamente —añadió levantándose para despedirse—, no poder asistir a la boda; pero les ruego que conviden a todos los vecinos que tan generosamente suministraron provisiones. Adiós, sean ustedes felices y rueguen por mí.

En diciendo esto montó a caballo y partió seguido de las bendiciones de todos los espectadores de la conmovedora escena que acababa de desarrollarse.

El noble y bravo joven tenía que hacer todavía una visita y cumplir un deber. Encaminóse directamente a casa del médico que con tanta solícitud le había asistido, reiteróle la expresión de su gratitud y le puso en la mano el resto de su hallazgo, consistente en una docena de relucientes monedas de oro.

—Fué usted—le dijo—bastante generoso para cuidarme sin retribución alguna, así es que creo no ofenderle ofreciéndole esta bagatela.

Despidióse del buen cirujano, volvió a montar a caballo y partió a galope.

Acababa de llegar a su alojamiento cuando recibió orden de ponerse inmediatamente en camino, veinticuatro horas antes de lo que en un principio había sido acordado.

Juan se puso en seguida, fiero e intrépido, al frente de su lucida compañía, y partió en busca del enemigo.

X

¿Qué hacía Santiago entretanto que su hermano se hallaba en la guerra, derramaba su sangre por la pa-

tria, corría mil peligros, sufría mil penalidades y llegaba al grado de capitán?

Había tomado por su cuenta el taller y toda la casa del tornero que le había enseñado su oficio.

El buen maestro estaba tan contento de su antiguo aprendiz, que le había concedido la mano de su hija, joven que se recomendaba tanto por su excelente carácter como por su belleza y buena educación.

De este modo, como todo le salía a Santiago a pedir de boca, se convirtió bien pronto en acomodado burgués y padre de familia.

Profesaba tanto cariño al anciano padre de su esposa que no cedía en nada al de ésta; así es que ambos le honraban a porfía, y le prodigaban sus cuidados hasta el momento en que Dios le llamó a mejor vida.

Santiago trajo entonces a su casa a sus ancianos padres y tuvo la satisfacción de observar que su esposa les demostraba tanto cariño como él mismo había manifestado a su difunto padre político. Reinaba entre ellos tal unión y eran ambos tan cariñosos, que un extraño no hubiera podido decir cuál de los dos era el verdadero hijo de los felices ancianos.

Mas a despecho del contento y la armonía en que vivía esta piadosa y estimable familia, tenían su parte en las tribulaciones del país, que durante la guerra había caído en poder del enemigo y no había dejado un momento de estar ocupado por las tropas extranjeras. Las cargas de guerra eran ya insoportables y los cobros, así como los pagos de diversos suministros, se realizaban con gran

dificultad. Para colmo de males, todos los días tenían que alojar soldados, lo cual ocasionaba siempre gastos y molestias. Al fin llegó la feliz noticia de que la paz había sido firmada, y todos los corazones palpitaron de júbilo.

Empero, la alegría de los viejos esposos Tanner no estaba exenta de amargura, pues seguían creyendo muerto a su hijo y aun no se había cicatrizado la herida que llevaban en el corazón.

Juan les había escrito varias veces; pero sus cartas no llegaron a su destino por estar casi siempre la ciudad en poder del enemigo.

Al saber que se preparaban regocijos públicos para celebrar la conclusión de la paz dijo la anciana madre suspirando con profunda tristeza:

—¡ Si nuestro querido Juan viviese aún!

—¡ Ah!—exclamó el padre—, entonces nuestra dicha sería completa.

—Yo tengo la culpa—dijo una vez más el buen Santiago con los ojos llenos de lágrimas—, yo tengo la culpa de que este excelente hermano tomara las armas y haya encontrado la muerte en el campo de batalla. ¡ Dios le habrá recompensado en el cielo!

Cuando las tropas extranjeras evacuaron enteramente la ciudad se decidió celebrar una fiesta de acción de gracias el domingo siguiente.

La iglesia parroquial, que era de estilo gótico y aspecto imponente, fué adornada con ramas verdes de árboles, los pilares con festones y guirnaldas de verdura y el altar con sus más ricos paramentos y ramos de olorosas flores. Desde el amanecer todas las campanas repicaban alegre-

mente. El día prometía ser magnífico. A la hora fijada las campanas llamaron a los fieles al templo del Señor. Todos los habitantes de la ciudad, ataviados, como en las mayores solemnidades, con sus mejores trajes, se dirigieron a la iglesia.

Santiago, sus padres y su esposa, todos cuatro con el corazón oprimido, llegaron de los primeros. Cuando se entonó el *Tedéum*, y todo el pueblo, formando un magnífico coro acompañado de los acordes graves y armoniosos del órgano y de los otros instrumentos, empezó a cantar con el corazón y con la boca el himno sublime: ¡*Señor, nosotros os glorificamos!* la anciana madre prorrumpió en tan fuertes sollozos, que, a no ser por el sonido inmenso de las voces, por el órgano y los timbales que llenaban todos los ámbitos del templo, la hubieran oído hasta en la plaza. El dolor, las lágrimas y los gemidos de aquella madre afligida sólo fueron observados por algunas mujeres que estaban arrodilladas a su lado y que la compadecieron sinceramente. El viejo padre, para llorar a sus anchas, habíase puesto de rodillas junto a un pilar adornado con guirnaldas, y Santiago, que estaba sentado en un banco, ocultaba su rostro con el pañuelo.

Todas las familias celebraron la fiesta con una comida semejante a la de Pascuas o a la de cualquiera otra gran solemnidad. Isabel, la esposa de Santiago, preparó también una excelente comida, y puso sobre la mesa algunas botellas de vino, lujo que sólo se permitían dos o tres veces al año; pero ni el padre, ni la ma-

dre, ni Santiago tenían ganas de comer ni beber.

Isabel se esforzaba por animarlos diciéndoles:

—Vamos, queridos, no es éste el momento de llorar; sequemos nuestras lágrimas.

Y esto lo decía la pobre con voz entrecortada por los sollozos.

Por la noche las fondas y casas de comidas de la ciudad estaban llenas de burgueses que con objeto de pasar alegremente el día se habían dirigido allá con sus esposas y sus hijos mayorcitos. Las autoridades se reunieron en la mejor fonda del pueblo, y las diferentes tribus en sus respectivos albergues; los ricos hicieron donativos para regalar a los pobres. Las fachadas de los edificios públicos y de muchas casas particulares estaban iluminadas, y por todas partes reinaba la alegría y el buen humor, sin que hubiera que lamentarse el más ligero desorden ni exceso que turbara la alegría de la fiesta.

Santiago creyó conveniente pasar el día en compañía de su familia.

Hallábanse los cuatro sentados alrededor de la mesa absortos en tristes pensamientos, cuando entró Blanc, consejero de la ciudad, que desde los comienzos del aprendizaje de Juan en su casa había sido siempre el fiel amigo de la familia.

A causa de su edad avanzada habíase retirado de su oficio; pero, como hombre experimentado, inteligente y probo, trabajaba por el bien de la ciudad en su calidad de decano de los consejeros.

—No podía imaginarme — dijo el amable anciano de blancos cabellos

—que había de encontrarles tristes. ¿Qué significa esto? ¿No es hoy día de general regocijo? ¿Olvidan ustedes que está escrito: «Regocijaos sin cesar en el Señor»? Veo sobre la mesa una botella de vino intacta y, sin embargo, la Escritura dice: «¡Si alguno está triste désele vino!» ¿Quiéren ustedes ir contra lo que dice la Divina Palabra? ¡Ea, a beber! Si me ofrecen ustedes un vasito, les haré compañía.

Dicho esto, llenó todos los vasos y bebió a la salud de la concurrencia.

—¡Ah! — exclamó el viejo Tanner—, ¡no sé lo que daría porque nuestro Juan estuviese aquí! Pero, desgraciadamente, no le volveremos a ver sobre la tierra.

—La dicha de que gozan los bienaventurados en el cielo—replicó con aire grave y conmovido el respetable consejero—, no es comparable con la que podemos tener en la tierra; por lo tanto, el placer de volver a verse aquí abajo, por más dulce que sea, sería infinitamente inferior a la dicha de encontrarse en el cielo. Esa dicha nos está destinada, y este pensamiento debiera acallar todos nuestros pesares y enjugar todas nuestras lágrimas.

Todas las fisonomías se fueron animando poco a poco, más en virtud de las sabias y consoladoras palabras del bueno y prudente anciano, que a consecuencia de las libaciones. Por último reinó una franca alegría y se evocaron con gusto los agradables recuerdos del pasado que hacían casi olvidar las tristezas presentes.

—Que el recuerdo de los días felices—dijo el consejero Blanc al terminar— tenga la virtud de ahuyentar

nuestra tristeza y de llenar nuestro corazón de agradecimiento hacia Dios, porque este recuerdo es indudablemente un hermoso don del cielo; pero el verdadero bálsamo para los dolores de aquí abajo es la dulce esperanza de gozar más allá de la tumba y eternamente una vida feliz en el seno de la divinidad.

XI

El día siguiente, por la mañana, se anunció que uno de los regimientos que volvían victoriosos a sus cuarteles llegaría por la tarde a la ciudad, donde pasaría la noche. Los habitantes se dispusieron a recibir dignamente al regimiento anunciado, con tanta más razón cuanto que lo componían en su mayor parte hijos del país.

Las autoridades y el clero se dirigieron a la puerta principal de la ciudad para recibir como era debido a los valerosos guerreros que habían puesto fin, con una victoria decisiva, a una guerra tan larga y desastrosa.

Los niños de las escuelas y los mozos con ramos de laurel en las manos, y las niñas coronadas de flores fueron también al encuentro de los héroes. En las puertas de la ciudad se apiñaba una multitud inmensa. Los habitantes, que durante varios años sólo habían visto uniformes extranjeros, se estremecieron de júbilo cuando vieron ondear a lo lejos las banderas con los colores nacionales y oyeron tocar a la música militar su marcha favorita. Exaltada por aque-

Los sonidos patrióticos, la multitud prorrumpió en estruendosas aclamaciones y por todas las mejillas corrieron lágrimas de alegría.

Santiago Tanner y su familia permanecieron en su casa. No quiere esto decir que les molestara el regocijo general que producía el regreso del ejército, sino que estaban dominados por la triste y fortísima impresión de haber perdido al más querido

y se veían agitarse millares de blancos pañuelos. Pero Santiago y sus padres empleaban los suyos en enjugarse las lágrimas.

Al pasar por delante de la casa de Santiago, el jefe que mandaba el regimiento, y que, montado en magnífico caballo y con la espada en la mano, saludaba a derecha e izquierda, exclamó de pronto: «¡Alto!» Echó pie a tierra y entró precipitadamente



de todos los soldados. Sin embargo, cuando los bélicos sonidos de la charanga del regimiento anunciaron la proximidad del mismo, no pudieron menos de subir a la habitación más alta, para ver, desde la ventana, desfilar los valientes guerreros a los acordes del alegre paso doble.

Cada soldado llevaba en su casco una rama de encina verde.

Los habitantes de la ciudad se apiñaban en las aceras y de todas las ventanas salían vivas aclamaciones

te en la casa. Antes que nadie hubiera tenido tiempo de reconocerle se hallaba en la sala, y su repentina aparición dejó a todos mudos de sorpresa. Pero Santiago no tardó en gritar:

—¡Ah! ¡Dios mío! ¡es Juan! ¡es mi hermano!

Al oír esta exclamación la anciana madre cayó desvanecida en brazos de su nuera, y el viejo Tanner quedó como petrificado por la alegría y el asombro.

Era, en efecto, Juan en persona; su inesperada llegada causó de pronto a su padre, a su madre y a su hermano tan profunda emoción que les costó mucho reponerse de tan enorme sorpresa y recobrar el uso de la palabra.

Juan abrazó efusivamente a sus padres, su hermano y su cuñada, todos los cuales, lo mismo que él, lloraban de alegría. En cuanto a la madre, estaba de tal modo conmovida, que aun no había recobrado el uso de la palabra y sólo la demostraba con sus lágrimas. Parecíale que era un sueño todo lo que veía y oía. Apenas tuvo fuerza para murmurar con voz entrecortada:

—¡No es en la tierra donde me encuentro, sino en el cielo!

El padre, inmóvil, con las manos cruzadas y los ojos fijos en el cielo, no cesaba de exclamar:

—¡Dios mío, Dios mío! ¡gracias, gracias por haberme dejado vivir hasta este día!

—¡Oh! ¡hermano mío! ¡mi querido hermano! — decía Santiago—; ¡cuántas lágrimas me has costado! ¡Alabado sea Dios, pues que vives aún! ¡Nosotros te hemos creído y llorado muerto! Con el corazón oprimido y sintiendo profundo agradecimiento hacia ti, no he pasado un día ni una hora sin pensar en el cariño fraternal que me has demostrado. A Dios gracias, el sacrificio que hiciste por mí ha sido sobreabundantemente recompensado por el Cielo, puesto que vuelves a nuestros brazos cubierto de gloria y honor. ¡Por siempre alabado y bendito sea su nombre!

Isabel no podía persuadirse de que el apuesto jefe militar que tenía delante fuese aquel mozo ebanista que

había visto a menudo, cuando era aún muy niña, ir a su casa para ver a su hermano Santiago. Tomó a su niño de la mano y a su niñita en brazos y los presentó a su cuñado.

—Besad la mano a este señor, que es vuestro querido tío—les dijo.

Pero los dos niños eran aún demasiado pequeños para comprender las palabras de su madre, y contemplaban al comandante con cierto miedo. Sin embargo, no tardaron en familiarizarse con él.

—¡Soldado, dame tu sable!—exclamaba el niño, y su hermanita extendía sus manecitas hacia la brillante condecoración que adornaba el pecho de Juan.

Al fin, pasados los primeros momentos de efusión, y algo más tranquilos, se sentaron todos, y Juan, accediendo a las vivas instancias de sus padres les refirió minuciosamente todo lo que le había sucedido. En la actualidad era comandante, y como el coronel se hallaba con licencia y el teniente coronel no estaba restablecido de sus heridas, tenía el mando del regimiento. Había escrito a su familia para anunciarles su llegada; pero, como sus cartas anteriores, ésta no llegó a su destino.

—De haber sabido que ustedes no habían recibido mi carta—dijo—me hubiera guardado de entrar así tan de improviso.

No hay palabras capaces de expresar la alegría que experimentaban tanto los buenos leñadores al ver a su querido hijo, que por su propio mérito había llegado a grado tan elevado, como el de ese mismo hijo al encontrar aún vivos a sus queridos padres.

—No hay aquí bajo—decía el an-

ciano Tanner — más cumplido gozo para los padres que el de ver a sus hijos hacerse verdaderamente dignos de las mayores recompensas y de tanto honor.

—Añada usted a eso — reponía el hijo—que cada honor, cada goce tiene doble precio para los hijos buenos, porque con ellos alegran y honran a sus padres.

XII

Cuando el comandante estaba en la parte más interesante de su narración, llegó el primer magistrado de la ciudad, en traje de gala, y felicitó a los padres de Juan asegurándoles que toda la ciudad estaba regocijada y se sentía honrada al ver que un hombre que había hecho en ella parte de su educación había alcanzado tan alto puesto.

—Señor comandante — añadió—, sólo después de su precipitada entrada en esta casa he sabido por los señores oficiales que era usted hijo de estos respetables señores; por mi parte confieso que me hubiera sido difícil reconocerle. Le ruego que tenga usted la bondad de acompañarme; el mejor cuarto de mi casa está a su disposición, y sentiría mucho que rehusara usted ocuparlo. Esta noche tendremos el honor de ofrecerle, así como a los demás oficiales, en el mejor hotel de la ciudad, un banquete al que asistirán muy gustosas todas las personas notables. Los cabos y sargentos serán también obse-

quiados en las diferentes posadas. En cuanto a los soldados, espero que no tendrán queja de la acogida que recibían en sus alojamientos respectivos.

Lisonjeado por tantas atenciones y amabilidad de parte del digno magistrado, el comandante le demostró el más cordial agradecimiento.

—Sin embargo — añadió—, tengo que hacerle dos ruegos. Aunque sería para mí muy honroso alojarme en casa del primer magistrado de esta ciudad, le agradeceré que me permita permanecer en esta casa, en el seno de una familia querida. En cuanto a su otro ofrecimiento, lo aceptaré gustosísimo con la condición de que han de acompañarnos mis ancianos padres.

—Eso se entiende—repuso el magistrado—, y queda entendido que también asistirán su hermano y cuñada; el primero como uno de los burgueses más considerados de la ciudad, y la segunda como una de las mejores madres de familia, después de haber sido siempre una de las doncellas más ejemplares. Pero, señor comandante, me olvido de que usted y sus queridos padres tendrán aún mil cosas que decirse. No quiero retenerlos más tiempo. Esta noche a las siete vendré a buscarles y nos dirigiremos juntos a la sala del banquete.

Dicho esto, se despidió cordialmente sin permitir que nadie se molestase para acompañarle.

A la hora exacta, el magistrado, rodeado de los consejeros de la villa, vino a recoger al comandante y toda su familia.

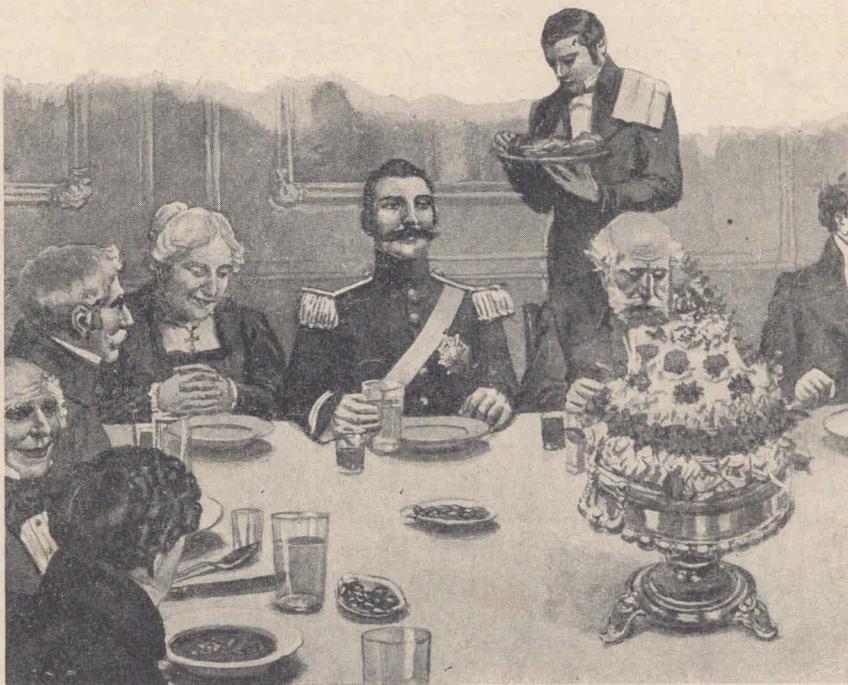
Al entrar en la vasta sala del festín, que estaba espléndidamente iluminada y adornada con flores, los

buenos leñadores quedaron como deslumbrados. Todos los convidados, tanto los oficiales como los funcionarios, eclesiásticos y comerciantes de la ciudad, estaban ya reunidos.

El comandante vió con gran satisfacción entre ellos a los señores Fi-

ñor Filinte a su esposa, al párroco y al maestro—, en que se siente un placer inefable cuando llegados al declinar de la vida se recuerda el pasado y se puede decir : «¡ No hemos vivido enteramente en vano!»

Algunos consejeros de la ciudad



linte, al párroco y al maestro de escuela de Waldan, personas todas a quienes estaba tan obligado. El burgoмаestre les había enviado un correo portador de una cordial invitación, y el señor Filinte hizo enganchar su carruaje en seguida, ofreciendo un puesto al cura y al maestro que aceptaron gustosísimos.

El comandante no cabía en sí de gozo al verse rodeado de sus antiguos bienhechores. Aunque habían envejecido bastante, sentíanse como rejuvenecidos contemplando a su antiguo protegido que había alcanzado posición social tan elevada.

—Convengan ustedes —dijo el se-

que habían sido camaradas y amigos de la infancia del comandante estaban también encantados de volver a verle y le acogieron alborozados, dirigiéndole las más cariñosas felicitaciones. Juan agradeció mucho todas estas pruebas de afecto y a todos estrechó efusivamente las manos. Pero el viejo consejero Blanc los eclipsaba a todos con su alegría, al ver a su antiguo aprendiz convertido en comandante. Juan le abrazó cariñoso y agradecido.

En la mesa ocupó el puesto de honor el comandante, que, además, por una delicada atención, se halló colocado entre su padre y su madre. En

todos los semblantes estaban retratados la satisfacción y el placer. Los dos buenos ancianos apenas comían, tanta era la emoción que les embargaba, y la madre, con los ojos llenos de lágrimas y deslumbrada por la brillante claridad de las bujías y los destellos que despedía la rica vajilla de plata, creía soñar.

No había uno solo entre los comensales que no participase de la dicha de aquellos afortunados padres, y principalmente los señores Filinte, el párroco y el maestro de escuela de Waldan.

Durante la comida recayó la conversación sobre la educación y la instrucción. Después que algunas personas de talento y experiencia entre las que componían la escogida reunión hubieron hablado con suma competencia de tan importante materia, el señor Filinte tomó a su vez la palabra y dijo :

—En la ciudad como en la aldea, la instrucción y la educación producirán siempre opimos frutos si los padres, el maestro y el párroco reúnen sus esfuerzos y trabajan de consuno para hacerlas prosperar. Los dos hermanos aquí presentes son pruebas patentes de lo que acabo de enunciar. Uno, el señor comandante, que de simple soldado ha llegado a tan alto grado de la milicia, no ha cesado, según el testimonio unánime de los señores oficiales, de distinguirse durante toda su carrera militar por su prudencia, su valor y el fiel cumplimiento de sus deberes, así como por sus sentimientos humanitarios y caritativos. Hasta ha sabido llamar la atención de su soberano, que le ha concedido una codiciada recompen-

sa. El digno hermano del comandante en una esfera que no por ser más humilde, es menos honrosa, se ha conquistado también la reputación muy merecida de hombre de bien a carta cabal y no causa a sus padres menor honor y alegría que su hermano. En efecto, pongo por testigo de ello a toda la ciudad, es buen hijo, fiel esposo, padre amante, excelente ciudadano, buen patriota, abnegado, servicial y complaciente con todos y se distingue por su caridad con los pobres. Es el primero en aceptar toda medida que a su juicio sea prudente y buena y le presta gustoso su decidido apoyo. Por eso goza de un honrado bienestar y de la general estimación. Esto, repito, es una prueba palpable de lo que puede una escuela bien organizada sostenida por una buena educación doméstica ; porque si por una parte estos dos hermanos adquirieron en la escuela los principios de una conducta irreprochable, religiosa y moral, recibieron los elementos de todos los conocimientos que después les han sido tan útiles como necesarios y desarrollando su inteligencia por medio de estudios preparatorios, pudieron ir formando su espíritu cada vez más, por otra parte, deben a la buena educación que recibieron de sus bondadosos y cristianos padres, un verdadero temor de Dios, un profundo respeto a sus mandamientos y un santo horror hacia todo lo malo e injusto ; finalmente, a la sana y verdadera piedad que les infundieron con la palabra y el ejemplo sus padres, son deudores de las raras y eminentes virtudes que admiramos en ellos. Eso es lo que ha preservado a los dos hermanos de los



Juan abrazó efusivamente a sus padres, su hermano y su cuñada, todos los cuales, lo mismo que él, lloraban de alegría. (Pág. 46.)

extravíos en que suele caer la juventud y a veces también la edad madura; eso es lo que les ha hecho fieles cumplidores de todos los deberes de su respectivo estado y luchar denodadamente contra las adversidades de la vida; en una palabra, eso es lo que ha hecho de los dos hermanos dos hombres verdaderamente dignos. Porque, notémoslo bien, no basta formar el espíritu; es necesario ennoblecer igualmente el corazón. Los hombres que no tienen más mérito que una inteligencia cultivada, degeneran, son fríos e insensibles para todo lo bueno y se hallan predisuestos para el mal; así como, por el contrario, los sentimientos, por muy piadosos y benévolos que sean, si no están acompañados de una instrucción sólida, conducen de igual suerte a una infinidad de errores y extravíos. Sólo la religión, es decir, la religión bien entendida y sabiamente practicada, impide esto y aquello estableciendo un feliz acuerdo entre el espíritu y el corazón; ella sola constituye la base segura y sólida de toda educación real. Así, pues, la sabiduría se reduce a *temer a Dios y observar sus mandamientos*; de lo contrario, el hombre sólo se instruirá a medias.

Al llegar a los postres, el burgo-

maestre se levantó para brindar por el comandante y su hermano así como por los dignos padres que habían educado tan excelentes hijos. Todos los comensales siguieron este ejemplo, aplaudiendo las palabras del magistrado y chocaron las copas hasta romperlas. Lo mismo sucedió con un brindis dirigido a los señores Filinte, al párroco y al maestro de escuela de Waldan, al ex ebanista Blanc y a todos los amigos del comandante; después se brindó por la salud de todos los oficiales presentes.

Finalmente, Juan Tanner brindó por el magistrado, por los consejeros, eclesiásticos, empleados y ciudadanos en general; y el párroco de la ciudad, venerable pastor que poco tiempo antes había tomado posesión de su cargo, expresó un deseo digno de su piedad.

—¡Quiera — dijo— el Dios de los ejércitos, que acaba de poner fin a una guerra tan prolongada y cruenta, derramar todas las bendiciones y beneficios de la paz sobre esta ciudad, sobre este reino y sobre todas las naciones de la tierra!

Y se puso fin al banquete repitiendo solemnemente todos los comensales este grito:

¡Viva el rey!



LA MOSCA

El excelente pintor Bergheim era un hombre dotado del más noble carácter, unido al gusto más refinado en materia de bondad y belleza.

En su juventud había recorrido Italia, como artista que desea formarse estudiando las obras de los grandes maestros; pero, de todos los cuadros que contempló, le habían impresionado más profundamente los de asunto religioso sacado de la Sagrada Escritura, y tomó la firme resolución de consagrar en adelante su arte a pintar cuadros de aquel género, inspirándose preferentemente en el Evangelio.

Púsose, pues, con tanto celo como éxito a copiar las obras maestras que le parecieron más bellas e interesantes.

Provisto de tan preciosa colección, regresó a su patria y distribuyó con mucho gusto y en un salón construído expresamente, sus cuadros, que, realzados aún por los ricos marcos dorados, se destacaban muy bien sobre el fondo azul celeste de las paredes.

Aquella colección era, sin disputa, única en su género; componíase de obras, no tomadas al azar, sino escogidas entre mil con un gusto seguro, y ejecutadas, además, con mano maestra; el conjunto era magnífico. Todo el que entraba en el salón no podía menos de sentirse como arrobado a la vista de aquellas pinturas admirables por su realismo, expresión y majestad, a poco que tuviera desarrollado el sentimiento de lo bello, porque, desde la tierna inocencia de la infancia hasta el Santo de los santos viviendo entre los hombres y respirando una bondad divina bajo apariencias humanas, todo lo que en materia de belleza, bondad, atracción y grandiosidad es capaz de honrar, ennoblecer y divinizar el ingenio humano, se encontraba allí expuesto con maravillosa y conmovedora precisión.

Aquel estimable artista se consideraba el más dichoso de los mortales cuando podía encontrar alguien capaz de apreciar sus cuadros.

Por este motivo sentía una dulce

emoción cuando veía a su virtuosa esposa entrar siempre en aquel salón con marcado recogimiento y conmovirse profundamente contemplando ya uno, ya otro de aquellos lienzos.

Y mayor placer experimentaba aún al ver a su hija única, que era todavía muy niña, manifestar a su vez, respecto de aquellas pinturas, un gusto maravilloso para su edad, y hacer observaciones tan atinadas que asombraban a él mismo.

Había dado a esta niña el nombre de Angélica, en memoria de la famosa pintora así apellidada, y alimentaba la dulce esperanza de que su hija llegara a ser un día muy hábil en su arte y no contentarse con tener de común sólo el nombre con aquella célebre pintora.

Un domingo por la mañana, a la salida de los oficios divinos, el padre, la madre y la hija entraron en el salón para examinar la preciosa colección. La pequeña Angélica permaneció largo rato contemplando uno, y dijo:

—Ese es mi cuadro favorito.

—En efecto—repuso el padre—, es sin disputa el más bello. Lo copié con un placer y cariño especiales, de un modelo que vi en Roma y que era original de tu célebre tocaya. Mira, hija mía—continuó diciendo—, la santísima Virgen María está representada aquí bajo los rasgos de una niña como tú, regando unas lindas azucenas que ha cultivado en un tiesto o maceta. En el rostro virginal de la santa niña brilla un rayo celestial. Cerca de ella se hallan sus padres. El padre no sabe qué pensar del rayo misterioso, y la tierna madre está transportada de santo júbilo.

La madre de Angélica no podía disimular su emoción: ella también había tenido siempre predilección por aquel cuadro y con frecuencia permanecía largos ratos contemplándolo, arrobada. Hasta encontraba una gran semejanza entre los rasgos infantiles e inocentes de su pequeña Angélica y los de la Virgen María; pero no decía nada de esto a su hija por temor de que se enorgulleciese. Contentábase con decirle:

—¡Mi querida Angélica! ¡Quiera el Cielo que sea tu modelo María! ¡Oh! ¡mira qué piedad ingenua, qué candor, qué dulzura, qué modestia y, sobre todo, qué inocencia respira su semblante infantil! ¡Ves esas azucenas tan puras y tan blancas? pues son la fiel imagen de su pureza y de su inocencia. ¡Pluguiese al Cielo que al crecer en edad te mostrases siempre tan pura e inocente como ella! Mira, ese rayo luminoso que descende sobre su cabeza, no puede expresar más claramente que Dios ama la inocencia, que todo bien procede de Él, y que sólo Él puede iluminar y santificar a los hombres. ¡Oh! sé tú también prudente y bondadosa y no te olvides de pedir a Dios todos los días que se digne enviarte de lo alto las luces y gracias que te sean necesarias.

—No dejes de hacerlo, querida Angélica—dijo el padre—; procura por todos los medios parecerte a María, mientras que por nuestra parte tu madre y yo nos esforcaremos por parecernos a sus padres. Hasta hoy no hemos dejado de unir nuestros esfuerzos para educarte en la piedad y en la virtud; no ha pasado día que no hayamos suplicado a Dios se dig-

ne fijar en ti su mirada, iluminarte y hacerte crecer y prosperar como una flor que se abre a los bienhechores rayos del sol. Tales son nuestros deseos con respecto a ti y tal es en este momento el objeto de nuestras plegarias.

Y, juntando las manos, prosiguió :

—Sí, Padre celestial, echad una mirada sobre nuestra Angélica ; bendecid nuestros esfuerzos ; haced que

bondad y haced que sea la alegría de mis buenos padres !

—¡ Así sea ! — respondieron ellos conmovidos.

Tales eran los sentimientos del señor Bergheim, de su esposa y de su hija, y en todo el contorno no había familia más estimada y feliz.

El padre estaba consagrado enteramente a su arte, y las iglesias se disputaban sus cuadros, todos de una



esta amada niña sea nuestra alegría ; que crezca en la piedad, la modestia y la virtud y que imite a la Virgen Santísima, que es el más bello modelo que las jóvenes cristianas pueden proponerse.

La madre no podía contener las lágrimas. Angélica alzó sus hermosos ojos al cielo, juntó también sus manitas, y exclamó :

—¡ Oh mi buen Padre celestial ! bendecidme, dadme prudencia y

gran verdad y que no representaban más que asuntos religiosos. Hallaba en su propio corazón esa nobleza, esa belleza de alma que trasladaba al lienzo de manera tan admirable. Enseñaba la pintura a Angélica, que crecía y sobrepujaba todas sus esperanzas, tanto por su habilidad como pintora, como por su piedad, su modestia y amor a la virtud. La madre estaba encargada de los quehaceres de la casa, que era un modelo de or-

traspasado por el dolor. Seguro del consentimiento de la madre, así como del cariño de la hija, no había dudado un solo instante de obtener el del padre. Pasó después a saludar a las dos señoras, que no dejaban de sentir inquietud respecto a la acogida que la proposición obtendría del señor Bergheim, y con los ojos llenos de lágrimas contó la negativa que acababan de darle.

Aun no habían acabado de hablar, cuando la madre fué al estudio de su marido y le dijo con acento suplicante :

—Pero, por amor de Dios, ¿cómo puedes rechazar tan irreflexivamente una proposición que había de hacer tan dichosa a nuestra Angélica?

—¡Dichosa!—repitió el pintor, sin abandonar un instante su trabajo—; y, ¿cómo lo sabes tú que lo sería?

—¡Cómo! — replicó su esposa—; ¿no ves en el barón un joven noble, rico, hermoso, amable y bueno?

—No le niego ninguna de esas cualidades—contestó el artista—, y le estimo mucho; pero, desgraciadamente, no es pintor.

—No concibo tu obstinación en querer casar a Angélica con un pintor. ¿Acaso abundan los buenos artistas? Así, a menos que no quieras dársela a un pintamonas, nuestra hija quedará para vestir santos.

—Espero que con el tiempo se presentará un pintor de mérito, un verdadero artista que le convenga.

—¡Qué ocurrencia! ¿Acaso hablas así para que te crea, o encierran tus palabras algún misterio? Si conoces al hombre de que hablas, ¿por qué lo has tenido tan callado?

—¿Qué hubiera adelantado con

decirlo? Hasta ahora no habíamos hablado nunca de casar a Angélica. No hay prisa ninguna. ¿Te parece que en la flor de su edad debemos cargarla con los cuidados del matrimonio? Déjala que se consagre a su arte, y confía en la Providencia. Pero, por el momento—continuó el pintor, poniendo más atención en su trabajo—, necesito estar solo; tengo que dar un toque y la menor distracción podría hacerme estropear el cuadro.

La madre tuvo que volver desconsolada a la sala donde se hallaban el señor de West y Angélica, a quienes dió cuenta de la conversación que acababa de tener con su marido.

—¡Oh!—añadió—, todo lo que se haga para cambiar su resolución sería inútil: conozco bien a Bergheim. Tiene un corazón de oro, pero es muy... es muy testarudo. Cuando se le pone una cosa en la cabeza, no hay quien le apee de su burro.

El barón despidióse, afligido, de Angélica y de su madre.

—No llore usted, querida Angélica—dijo—; me alejo de su lado, porque es lo mejor que puedo hacer en este momento; pero le ruego que me guarde fidelidad. Confío en que cuando vuelva, dentro de algunos años, obtendré el consentimiento de su padre, que si hoy me niega su mano no me retira su estimación.

Dicho esto, y sin dar más explicaciones, partió.

Transcurrieron cerca de tres años. Durante todo este tiempo el señor de West no escribió más que dos o tres veces por año al pintor; pero la correspondencia que mantenía con la señora Bergheim era más activa y cada carta contenía algunas líneas pa-

ra Angélica. Daba esperanzas, pero sin decir en qué las fundaba. Por último, dejó transcurrir varios meses sin enviar la menor noticia.

Entretanto, un pintor muy distinguido, llamado Gerard, que realizaba un viaje artístico, visitó al señor Bergheim, y durante la visita tuvo ocasión de ver a Angélica y de admirar varios cuadros pintados por ella, y no pudo resistir al deseo de hacerla su esposa.

Así fué que, en cuanto terminó su viaje y estuvo de regreso en su casa, escribió al señor Bergheim pidiéndole la mano de Angélica. La carta venía acompañada de un cuadro pintado por él mismo y que regalaba a su futuro suegro.

El señor Bergheim no se cansaba de admirar aquel lienzo, que era, en efecto, muy notable. Representaba a dos niños, de tres a cuatro años, sentados sobre el césped al pie de un árbol merendando alegremente.

—¡Esto es incomparablemente bello! — decía el padre de Angélica—. Las dos figuras son de una ejecución irreprochable.

A juicio suyo, era imposible representar con mayor fortuna los ojos vivos y oscuros y los cabellos castaños del niño y las dulces pupilas azules y la rubia y ensortijada cabellera de la niña; ni mejillas más frescas y sonrosadas ni expresión más angelical. ¡Cómo destacaban aquellos dos semblantes infantiles y radiantes sobre la obscura sombra de los árboles! Todo, hasta los menores detalles, acusaban una mano maestra. Hasta el color de la escudilla de barro que tenían delante y el brillo reluciente de las cucharas de latón llenas de le-

che eran maravillas de ejecución.

Angélica se hallaba perpleja y afligida: por una parte, hacía largo tiempo que el señor de West no había dado noticias suyas y parecía haberla olvidado, y, por otra, le era penoso mostrarse rebelde al deseo que su padre le había manifestado con estas palabras:

—Hija mía, no pretendo forzar tu voluntad, pues eso no es digno de un buen padre; pero, si consientes en dar tu mano a un pintor de tanto ingenio como el autor de ese cuadro, me harás el más feliz de los hombres.

En medio de su indecisión, pidió tiempo para reflexionar.

Así las cosas, llegó de improviso el señor de West en ocasión en que el señor Bergheim se hallaba ausente, porque había tenido que ir a una iglesia distante para hacer colocar en un altar el cuadro que había pintado y retocar otros que estaban algo deteriorados.

La esposa del pintor, al ver al señor de West, le condujo inmediatamente al salón donde la joven se hallaba pintando.

Angélica lanzó un grito de alegría y se adelantó al encuentro de su prometido.

—Querida madre—dijo el señor de West, después de los saludos de rigor—y querida Angélica, espero que estarán ustedes satisfechas de mí, lo mismo que el señor Bergheim. Ya soy pintor y, aunque no gran artista, creo, sin embargo, no ser indigno de tal nombre.

Así diciendo, mostró dos cuadritos que había pintado, uno de flores y otro de frutas.

—¡Muy bien, muy bien!—exclamó

Angélica, encantada, contemplando el cuadro de las frutas, que estaban simétricamente colocadas en un canastillo—. Este racimo parece de oro transparente; las uvas, sobre todo, son tan lípidas que la vista distingue el tejido interior y se podrían contar los granos. En ese sarmiento hay una hoja seca cuyas venas se ven perfectamente, y otra que el otoño ha matizado de amarillo dorado y rojo púrpura. Es precioso también el matiz rojo de este albérrchigo verde amarillento; parece más suave que el terciopelo y la boca se hace agua contemplándolo. Esta manzana de manchas purpurinas con esta hoja verde; estas peras amarillas, lo mismo que estas ciruelas cuya violada piel se trasluce bajo un rocío de extrema fineza, no van a la zaga a las uvas y al albérrchigo. ¡Y esta avispa! Díjese que está viva; dan ganas de oxearla.

Y examinando después el cuadrito de las flores, exclamó:

—¡Qué preciosidad! Tentada estoy de dar la preferencia a las flores sobre las frutas. A esta rosa no le falta más que el perfume. Esta gota de rocío, pendiente de la hoja verde, en la que se reproduce en miniatura y en toda su belleza la rosa próxima, es una verdadera maravilla. ¡Si parece que va a caer! ¡Qué lindos son estos alelís y qué delicado su color! ¡Y estos claveles? ¡Se les podría dar acaso más brillo? Este, de rojo intenso, es delicioso; y este blanco, sobre el que descansa una mariposa... ¡Ah! la mariposa está pintada con tal perfección, que teme uno poner el dedo por miedo de ajarle las alas. ¡Se diría que va a levantar el vuelo! Amigo

mío, ha hecho usted realmente maravillosos progresos. No puedo salir de mi asombro. Los esfuerzos incesantes que ha tenido usted que hacer para llegar a tal perfección, son la mayor prueba que hubiera podido darme de su amor.

—Es cierto — repuso el señor de West—que se necesita mucha constancia y gran fuerza de voluntad para llegar a reproducir del natural una rosa o un clavel; por eso una flor me ha parecido siempre un objeto digno del arte, pues todas se prestan para que el artista revele un pensamiento gentil. Cada flor es una obra maestra del Criador que después de haberla ideado en toda su belleza la reproduce ante nuestros ojos y encierra el bosquejo en un grano de semilla excesivamente pequeño e impenetrable a las miradas del hombre. Pero—agregó—, ¿qué son las flores y las frutas que he pintado en comparación del magnífico cuadro del divino Amigo de los niños en que está usted trabajando? ¡Qué mezquinas son mis producciones al lado de los lienzos que adornan este salón, de esas sublimes representaciones de nobles personajes, de santos ángeles y del Rey del cielo y de la tierra! ¡Ah! cuando vengo a contemplar la Salutación del Angel, la Natividad de Jesús, la Sagrada Familia, la Resurrección de Lázaro, Santa Cecilia, la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo o su Resurrección en medio de sus discípulos llenos de júbilo... entonces es cuando me siento penetrado de la dignidad y poder del arte. ¡La figura de la Virgen, no respira una inocencia, una humildad, una devoción y un recogimiento verdaderamente ce-

lestiales? Y en el rostro de esos ángeles, ¡qué serenidad, qué ausencia de todas las penas y sufrimientos de aquí abajo! ¡Cómo expresan la misma fe y el mismo amor, en medio de su desemejanza, los venerables rasgos de los Apóstoles! Y en Cristo, en el Hombre-Dios, ¡qué admirable fusión de la majestad divina con la belleza humana! ¡Cómo no sentir o, más bien, no ver que Dios se revela a los hombres bajo una forma humana, que el hombre no es más que polvo vil y que sólo la virtud puede ennoblecer y divinizar al hombre? Cuando—añadió después de una pausa—vuelvo a mis flores y a mis frutas, temo que su padre, querida Angélica, no quede satisfecho y que mis esfuerzos resulten inútiles.

—¡Que no quede satisfecho!—exclamó la joven con un aire de seguridad muy suyo—. Quedará admirado, encantado, transportado de júbilo al hallar en usted, de pronto y sin esperarlo, un artista de gran talento.

Pero la madre de Angélica concibió cierta sospecha y no pudo por menos de decir que su marido se inclinaba hacia el señor Gerard, cuyo cuadro le había encantado.

El señor de West quiso ver el lienzo, y, después de examinarlo, dijo:

—Indudablemente es una obra maestra y no vacilo en reconocer la superioridad del señor Gerard. Ha escogido un asunto que yo no me hubiera atrevido jamás a tocar. Siendo el hombre la más noble de las criaturas salidas de la mano del Hacedor, el cuerpo humano, aunque sea el de un niño, es el asunto más noble en que el arte se puede ocupar. Todos los demás seres, sean flores, frutas o

mariposas, revelan, sin duda, su sabiduría y su bondad y son otras tantas pruebas del amor que Él nos tiene; pero el hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios y su origen es divino. No puedo, por lo tanto, disputar el campo a un artista como el señor Gerard y debo retirarme.

Se puso a pasear a lo largo del salón, y deteniéndose de pronto, exclamó:

—¡Se me ocurre una idea que quizá sorprenda al señor Bergheim y me permita llegar al logro de mis aspiraciones! Como han podido ustedes observar en los dos cuadritos que les he enseñado, no sólo me he ejercitado en pintar flores y frutas, sino insectos también; es más, dicen mis amigos que he adquirido en este género una rara habilidad. Pues bien, si no recuerdo mal, el señor Bergheim ha sido siempre un encarnizado enemigo de las moscas, y hasta en ocasiones le hemos gastado algunas bromas sobre el particular. Si yo tuviera el acierto de pintar con destreza una mosca en un sitio cualquiera del cuadro del señor Gerard, lo cual, lejos de perjudicar el lienzo, lo mejoraría, puesto que las moscas son golosas y les gusta extraordinariamente la leche... Pero sería preciso que la mosca estuviese pintada con tanta perfección que el señor Bergheim la creyera viva y tratara de oxearla. Ya sé que él la miraría como una enemiga; mas para mí sería una amiga que me serviría de intermediaria para obtener la mano de mi querida Angélica.

La madre y la hija aprobaron la idea y dejaron solo al señor de West, que puso inmediatamente mano a la obra.

La mosca salió tan bien, que, cuando la joven volvió para llamar al señor de West porque la mesa estaba servida, habiendo echado una mirada furtiva al cuadro, creyó ver una mosca verdadera, a pesar de estar prevenida.

El señor Bergheim volvió al cabo de algunos días a hora avanzada de la noche. No le dijeron nada del regreso del señor de West, que se hospedaba en casa de unos parientes que tenía en la ciudad, y al día siguiente, mientras el pintor se hallaba en su estudio, sentado delante de su caballete, trabajando con gran atención, entraron su esposa y su hija, a quienes acompañaba el barón.

El señor Bergheim acogió afablemente al pretendiente de Angélica, aunque le contrariaba algo su visita, pues en los términos en que estaba con el pintor Gerard, a quien consideraba ya como yerno, temía ver un rival del mismo en el señor de West y que Angélica se resistiese a acceder a sus deseos.

El buen señor se apresuró a enseñar al barón el cuadro que había recibido de Gerard, para manifestarle, en el caso de que apreciase las bellezas del mismo como ellas merecían, que no había podido negar la mano de Angélica a un artista de tan relevante mérito.

El barón no fué parco en sus elogios, con tanta más razón cuanto que el señor Bergheim le hacía notar una a una todas las bellezas del lienzo.

—No me negará usted seguramente—le decía—que este grupo es admirable, la perfección misma. ¿No son dos verdaderos angelitos esos dos

niños con sus caritas risueñas y sus lindas cabelleras? Esas dos criaturitas, con su escudilla de leche, son tan felices que dijérase que no tienen nada que desear en este mundo. Parece que están diciendo: «Vosotros también gozaríais de nuestra dicha si no os dejaseis atormentar por tanto cuidado inútil.» Todo el resto del cuadro es igualmente perfecto: esa escudilla de barro, con su brillante barniz, tiene más encanto a mis ojos que si fuese de oro macizo. Hasta esa cuchara de latón que la niña lleva a sus labios con lentitud y precaución para que no se derrame la...

Interrumpióse bruscamente al ver una mosca posada en el borde de la cuchara, y gritó entre furioso y jovial:

—¿Qué haces tú ahí, pícaro y asqueroso insecto? ¿De manera que también tú quieres probar la leche? Pues aguarda, que vas a llevar el castigo que mereces por golosa.

Así diciendo, quitóse el gorro e intentó espantar a la mosca, que no parecía dispuesta a moverse.

—¿No quieres marcharte, impertinente bestezuela? ¡Ah, insensata, eso te costará la vida!

Y trató de aplastarla con su gorro.

—¿Cómo! — exclamó con aire de sorpresa—. ¿He errado el golpe? Pues, allá va otro.

Le aplicó un segundo golpe mejor medido y con más tino.

—¿Que el diablo te lleve! Pero, ¿qué significa esto?

Acercóse más al cuadro, examinó el insecto, lo tocó con el dedo, meneó la cabeza y se caló los anteojos.

—¿Caramba! — exclamó, maravi-

lado—. ¡Esto es asombroso! Está pintada... ¡pintada! ¡Quién lo ha hecho?

—Perdóneme usted el ardid, señor Bergheim — respondió el señor de West—. El deseo de agradarle y de obtener la mano de Angélica me sugirió la idea de dedicarme a la pintura, y yo también soy pintor. No se lo dije antes porque no estaba seguro de vencer. Indudablemente, bajo su dirección hubiera hecho muy rápidos progresos, pero las circunstancias me impedían recibir sus lecciones. Espero, sin embargo, poder muy pronto presentarle producciones mías más importantes que esta bagatela.

La alegría del señor Bergheim igualó a su sorpresa.

—¡Vamos, vamos—dijo acabando de examinar el insecto—, la mosca ha salido perfecta! ¡Qué naturalidad en la postura de las patitas! ¡Qué realismo en esa trompilla extendida y absorbiendo la leche! ¡Qué delicadeza en esos irisados matices sobre sus alas! A despecho de todo mi encarnizamiento contra las moscas, debo hacer una excepción en favor de ésta. ¡Es una mosca magnífica! Pues bien, mi querido barón, no tengo nada que oponer a ese matrimonio; no sólo ha triunfado usted de la dificultad que puse, sino que ha dado pruebas de la sinceridad de su afecto hacia mi hija. Ha llegado el momento de hablar claro: Si en un principio le negué la mano de Angélica, no fué precisamente porque deseara darla a un pintor, sino porque no era usted versado en ningún arte o ciencia para atender al sustento de su familia y al suyo propio en caso de necesi-

dad. Yo desconfío de la fortuna, sobre todo en estos tiempos de guerra; y creo que todo hombre rico o pobre debe ser capaz de ganarse con su trabajo el pan de cada día, persuadido de que todo individuo que no se aplica a una ocupación no puede vivir feliz y contento y está expuesto a caer en el vicio y la relajación. «El señor barón—me dije—tiene gusto y talento para la pintura; dibuja bastante bien aunque sólo por distracción; en consecuencia, si tiene verdadero empeño en obtener la mano de Angélica, sólo de él depende el ser pronto pintor. Aun tiene tiempo y ocasión.» No hubiera sido conveniente que yo le hubiese dicho de buenas a primeras: «Hágase usted pintor.» Me parece que no se puede exigir a un hombre, sobre todo si es de noble casa, que vaya a una academia a aprender pintura. Confié, barón, en su ingenio, y ha realizado usted mi mas caras esperanzas. ¡Oh mi querido hijo! y tú, mi querida hija, ¡que Dios os bendiga como yo y vuestra madre os bendicimos en este momento!

Las bodas del barón de West y de Angélica se celebraron en familia, y recibieron la bendición delante de un altar cuyo retablo representaba las de la Virgen María y que era la obra maestra del señor Bergheim.

La ceremonia fué seguida de una comida durante la cual el señor Bergheim estuvo de un humor excelente.

—Hoy—dijo—son admitidas todas las moscas a tomar parte en el festín de la boda, con tal que no sean demasiado molestas.

La unión de los esposos fué tan afortunada como era de esperar. El

señor de West se dedicó por completo, lo mismo que su esposa y su suegro, a la pintura, y este bello arte entraba por mucho en la felicidad de que gozaba toda la familia.

—¡Cómo se ha embellecido mi existencia — decía el barón— desde que cada aurora me llama al trabajo, cuando antes mi mayor preocupación era el preguntarme en qué podría distraerme para abreviar el día, o, más bien, para perder el tiempo, que es lo más precioso que tenemos!

El joven artista tuvo bien pronto ocasión de alegrarse de la previsión de su suegro: las vicisitudes de la guerra hicieron que su fortuna patrimonial cayese en poder del enemigo y no le produjera nada; pero halló

un gran recurso en su talento pictórico.

—Tenía usted mucha razón — decía con frecuencia al señor Bergheim—: la ciencia vale más que la fortuna y una profesión cualquiera es para la vida una fuente de dichas y de goces de toda especie; mientras que una vida ociosa es la carga más pesada y desagradable.

—Se parece a la de las moscas— respondió el señor Bergheim—. El ocioso que no sabe más que pasearse, beber, comer, acicalarse y satisfacer sus caprichos, servir de parásito, aturdir con su verbosidad y censurarlo todo, ya se coma, ya se trabaje, ¿no es, en efecto... una mosca demasiado molesta?

FIN



[Handwritten signature]

[Handwritten signature]

BIBLIOTECA PARA NIÑOS

TOMOS PUBLICADOS

- | | | |
|---|--|---------------------------------------|
| Mi primera lectura. | El libro de las maravillas. | Cuentos de Grimm. |
| Horas felices. | Historias de animales. | Las famosas aventuras de don Quijote. |
| El mundo animal para niños. | El libro de los niños. | Cuentos de Perrault. |
| El amiguito. | Cómo juegan los niños de todo el mundo. | Fábulas de Esopo. |
| Escuela de animales. | A B C. El libro de oro de los niños. | Cuentos del abuelito. |
| Aventuras de animales. | La hija de Juan Palomo. | En vacaciones. |
| Los niños de otros países. | El aventurero. | Genoveva de Brabante. |
| El libro del nene. | La ciudad del oro. | Niños de todas clases. |
| Niños buenos y niños malos. | La isla desconocida. | Los dos hermanos. |
| Cuentos para niños. | El país de los antropófagos. | Eustaquio. |
| El país de las maravillas. | Los misterios de la selva. | Vidas de hombres célebres. |
| Cuentos de hadas. | Pirulete en el país del sueño y de la holganza. | Episodios históricos. |
| El mundo maravilloso. | Lecturas infantiles. | Cuentos y fantasías. |
| Mi libro favorito. | La voz de los niños. | Fábulas de Iriarte. |
| Episodios y aventuras. | Cómo viven los niños de otras razas. | Cuentos de Andersen. |
| Episodios de la Historia Sagrada. (Antiguo Testamento.) | Cómo trabajan y estudian los niños de todo el mundo. | Cuento de primavera. |
| Lecturas de la Historia Sagrada. (Vida de Jesucristo.) | Fábulas de Samaniego. | Mi mejor juguete. |
| Narraciones. | La nochebuena. | Para el nene. |
| Tardes de Otoño. | Robinson Crusó. | Gulliver en el país de los enanos. |
| El mundo de los niños. | Lo que puede más que el hombre. | Gulliver en el país de los gigantes. |
| Las tribulaciones de Meterete. | Lo que somos. | Animales feroces. |
| Leedme. | | Animales domésticos. |
| Episodios de animales. | | Lecturas escogidas en prosa y verso. |
| Los hijos del héroe. | | |

BIBLIOTECA SELECTA

VOLUMENES PUBLICADOS

- | | | |
|-----------------------------------|---|---|
| 1. El molino de los pájaros. | 26. Rosina. | 53. El nido del pájaro. |
| 2. Corazones dormidos. | 27. Paquito el explorador. | 54. La cruz de madera. |
| 3. Flores de juventud. | 28. Desconocida aventura de Teresa Panza. | 55. El Condesito. |
| 4. La vanidosa Alicia. | 29. El ángel. | 56. La condesa Ida. |
| 5. El espadachín. | 30. Ib. Cristina. | 57. Héctor Servadac. (1.º) |
| 6. El heredero. | 31. El último sueño del roble. | 58. Id. id. (2.º) |
| 7. La fuerza del bien. | 32. El cotre volador. | 59. El maestro Zacarías. |
| 8. El sueño de Pepito. | 33. El tío «Cierra el ojo». | 60. Martín Paz. |
| 9. Juegos y hazañas de animales. | 34. La virtud del borrico. | 61. Cinco semanas en globo. |
| 10. Cuentos de Andersen. (1.º) | 35. Fábulas de Iriarte. | 62. Los Hijos del Capitán Grant. (Tomo 1.º) |
| 11. Cuentos de Andersen. (2.º) | 36. En otros tiempos. | 63. Los Hijos del Capitán Grant. (Tomo 2.º) |
| 12. La cabaña del tío Tom. | 37. La campana. | 64. Los Quinientos millones de la Begún. |
| 13. Robinson. | 38. Los forzadores del bloqueo. | 65. De la tierra a la luna. |
| 14. El teatro de los animales. | 39. Una ciudad flotante. (1.ª) | 66. Alrededor de la luna. |
| 15. Verdades y fantasías. | 40. Una ciudad flotante. (2.ª) | 67. El «Chancellor». |
| 16. Mimos de niña. | 41. Miguel Strogoff. (1.ª p.) | 68. Las tribulaciones de un chino en China. |
| 17. El instinto de los animales. | 42. Miguel Strogoff. (2.ª p.) | 69. Una internada entre los hielos. |
| 18. El amor y la guerra. | 43. Las Indias negras. (1.ª p.) | 70. Veinte mil leguas de viaje submarino. |
| 19. El premio gordo. | 44. Las Indias negras. (2.ª p.) | 71. La vuelta al mundo en ochenta días. |
| 20. Un ministerio de animales. | 45. El rigor de las desdichas. | 72. Viaje al centro de la tierra. |
| 21. La picara vanidad. | 46. Los huevos de Pascua. | |
| 22. Un charlot del mundo animal. | 47. La guirnalda de flores. | |
| 23. Un experimento del doctor Ox. | 48. La Paloma.—El Canario. | |
| 24. Un drama en los aires. | 49. El canastillo de flores. | |
| 25. Per mentir. | 50. El honrado Fridolin. | |
| | 51. La «Granja de los Dioses». | |
| | 52. Rosa de T. nemburgo. | |